

Las geografías de Alejandro

MONOGRAFÍAS DE GAHIA

9

Comité editorial

Directores:

José María Candau Morón y Francisco Javier Gómez Espelosín

Secretarios:

Antonio Luis Chávez Reino y Encarnación Castro-Páez

Consejo de Redacción:

Jaime Alvar Ezquerro, José María Candau Morón, Virgilio Costa,
Gonzalo Cruz Andreotti, Antonio Luis Chávez Reino,
Francisco Javier Gómez Espelosín, Francisco J. González Ponce,
Arthur François Haushalter, Pierre Moret, Roberto Nicolai

Comité asesor:

Pascal Arnaud, Cinzia Bearzot, Stefano Belfiore,
Serena Bianchetti, Veronica Bucciantini, María Pilar Ciprés Torres,
Patrick Counillon, Jehan Desanges, Adolfo Domínguez Monedero,
Daniela Dueck, Luis Agustín García Moreno,
Marco Virgilio García Quintela, Hans Joachim Gehrke,
Klaus Geus, Pietro Janni, Eugenio Lanzillotta, Didier Marcotte,
Eckart Olshausen, Gabriella Ottone, Irene Pajón Leyra,
Francesco Prontera, Richard Talbert, Giusto Traina

Francisco Javier Gómez Espelosín

Las geografías de Alejandro



Alcalá de Henares 2023



CONSEJO ASESOR EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

María Sarabia Alegría
(Vicerrectora de Relaciones Institucionales y
Coordinación)
Pedro Sánchez-Prieto Borja
(Director de la Editorial Universidad de Alcalá)
Francisco J. de la Mata de la Mata
(Vicerrector de Investigación y Transferencia)
Ana Cestero Mancera
Fernando Díaz Vales
Pedro de la Villa Polo
Juana Rodríguez Bullido
León Atilano González Sotos
Pilar Chías Navarro
Julia Barella Vigal
Antonio Manuel Moral Roncal
Carmen Bartolomé Esteban
Manuel Pascual Hernández Cutuli
Elena Martínez Ruiz

COMITÉ EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Araceli López Serena
(Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)
Elena Leal Abad
(Subdirectora)
Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Marina Ramos Serrano
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistemas de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Alcalá y la Editorial Universidad de Sevilla.

El presente libro ha contado con la financiación del Área de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá.

Motivo de cubierta: Google Earth Pro 7.3.4.8642 (64-bit). *Bhambore, Pakistán*. 24°45'12,77"N, 67°31'20,11"E. Alt. 3,39 km. <<http://www.google.com/earth/index.html>> (Último acceso 19/06/23).

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ALCALÁ 2023
Pza. San Diego, s/n - 28801 Alcalá de Henares (Madrid)
Tfns.: +34 91 885 40 66/+34 91 885 41 06
Correo electrónico: serv.publicaciones@uah.es
Web: <https://publicaciones.uah.es>

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2023
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla
Tfns.: +34 954 48 74 47/+34 954 48 74 52; Fax: +34 954 48 74 43
Correo electrónico: info-eus@us.es
Web: <https://editorial.us.es>

© FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, 2023

Impreso en papel ecológico
Impreso en España - Printed in Spain

ISBN Editorial Universidad de Alcalá: 978-84-19745-63-7

Diseño de cubierta: Antonio L. Chávez Reino
Maquetación: Solana e Hijos Artes Gráficas S.A.
Impreme: Solana e Hijos Artes Gráficas S.A.

TABLA DE CONTENIDOS

Introducción	7
Capítulo 1. Al asalto de un imperio: Una perspectiva geográfica	19
1. Un proyecto ambicioso.....	19
2. Macedonia y Persia: Una larga historia	26
3. Las insuficiencias de la tradición literaria.....	30
4. Sin rastro de Aristóteles	35
5. Aristóteles y la geografía.....	45
6. El peso de la experiencia.....	52
Capítulo 2. La estela geográfica de la expedición.....	55
1. En busca de una geografía imposible	55
2. Paisajes de la memoria	59
3. Memorias inventadas.....	68
4. Recreando la expedición.....	75
5. La ruta de Alejandro desde cerca... ..	80
6. ...y desde lejos	93
Capítulo 3. Los desafíos de la geografía real.....	101
1. Una tarea difícil.....	101
2. Diferentes espacios, distintas percepciones.....	103

3. A través de Anatolia.....	107
4. Entre Cilicia y Egipto	119
5. La experiencia egipcia.....	125
6. Camino de Babilonia	129
7. Las grandes capitales persas.....	133
8. Tras los pasos de Darío	139
9. Un escenario singular	142
10. Una geografía distorsionada	146
11. En ruta hacia Bactria	154
12. Bactria y Sogdiana	159
13. Un espacio difuso.....	164
14. La campaña india	170
15. El retorno a Babilonia.....	179
Capítulo 4. Geografías del poder	185
1. Centros del poder aqueménida.....	186
2. El campamento macedonio como sede real.....	197
3. Zonas estratégicas.....	200
4. Las costuras del imperio.....	210
Capítulo 5. Geografías simbólicas.....	219
1. Viejas historias griegas	220
2. Itinerarios de Oriente	225
3. Iconos de oriente	244
4. Tras la estela de conquistadores universales	251
5. Los dominios de Asia	257
6. La creación de una topografía propia.....	263

Capítulo 6. Un imperio en marcha.....	269
1. El control del territorio.....	269
2. Los límites del imperio	287
Capítulo 7. Geografías perdidas	301
1. Un desafío complicado	301
2. La geografía en los relatos históricos.....	304
3. Los ‘archivos’ de Alejandro.....	307
4. La geografía de los bematistas	312
5. Expediciones de exploración.....	316
6. El relato de Nearco	321
7. El relato de Ortágoras	330
8. El relato de Onesícrito.....	331
9. Aristobulo y la geografía	337
10. La geografía de Policlito	342
11. Una geografía particular.....	344
12. Una aportación escasa	346
13. <i>Disiecta membra</i>	350
Capítulo 8. Geografías superpuestas	353
1. Una geografía en estratos	353
2. La intervención de Jerónimo de Cardia.....	361
3. Al servicio de los Selúcidas	368
4. La geografía de Alejandría	376
5. Polibio y la Anábasis de Antíoco III	385
6. La geografía fraccionada de Estrabón	390
7. A la sombra de Roma	393

Capítulo 9. Geografías fuera del mapa	399
1. Los fundamentos reales de la fabulación	399
2. Un itinerario disparatado	416
3. La India de las maravillas	421
4. Más allá de los límites	426
Epílogo.....	431
Bibliografía.....	435
Mapas	477
Índices.....	483

INTRODUCCIÓN

La relación de Alejandro con la geografía se ha venido enfocando principalmente desde dos perspectivas, su concepción del mundo, y en consecuencia su conocimiento del imperio persa dentro de este esquema, y la reconstrucción de su itinerario preciso a través de los diferentes territorios de Asia durante el curso de la campaña oriental. Ambos enfoques han mostrado sus evidentes limitaciones. El primero de estos temas, dada su importancia para entender cuestiones tan fundamentales como la planificación de la conquista o cuáles fueron sus expectativas más razonables, ha suscitado cierto interés entre algunos estudiosos¹, aunque se ve todavía irremediablemente condicionado por la inevitable sombra de Aristóteles a la hora de valorar, en mayor o menor medida, la contribución específica del filósofo griego a la construcción de la imagen del mundo que Alejandro tenía *in mente*. La falta de sólidos testimonios sobre esta relación y sus implicaciones, por tentadora que pueda parecer en teoría, no permite ahondar en la cuestión y ha quedado hasta la fecha encallada en meras especulaciones. Por su parte, la reconstrucción de la ruta de la campaña ha suscitado una mayor atención, tal y como puede comprobarse fácilmente con un simple vistazo a la serie de estudios que figuran agrupados en el apartado topográfico correspondiente de las diferentes etapas de la expedición en el repertorio bibliográfico de Jakob Seibert². Sin embargo, los resultados distan mucho de ser concluyentes a la hora de establecer con seguridad el itinerario seguido, ya que tampoco han faltado las decepciones, las dudas o los fracasos más estrepitosos en este intento de trasladar sobre el mapa el avance de la expedición, identificando los términos mencionados en los textos antiguos con localizaciones más o menos precisas del territorio actual de todas estas regiones.

¹ Como revelan los trabajos de Heinrich ENDRES 1924; Viktor BURR 1947; Brian BOSWORTH 1993 y 1996 a; Hans Joachim GEHRKE 2011, o los de Reinhold BICHLER 2011, pp. 324-331 y 2016.

² Pueden consultarse los más destacados en los apartados sobre topografía del repertorio bibliográfico de SEIBERT 1972 en cada una de las etapas de la expedición, p. 96 (Asia Menor); pp. 107-108 (Siria y Palestina), pp. 138-139 (Irán oriental), 150-152 (India). El propio SEIBERT (1985) es autor también de una monografía que concentra la atención sobre la plasmación cartográfica de la expedición.

Para la reconstrucción del itinerario seguido por la expedición de conquista dependemos por completo de la secuencia narrativa que nos ofrecen los testimonios disponibles, particularmente Arriano, Quinto Curcio y Diodoro, que relatan el desarrollo de la campaña siguiendo su avance a través de diferentes territorios y aportan además un extenso repertorio de topónimos. Se ha recurrido también a los resultados de las exploraciones de algunos viajeros modernos que, como el británico James Rennell, el alemán Franz Schwarz o el húngaro Aurel Stein, recorrieron las rutas del interior de Asia y la India tratando de seguir los pasos del conquistador macedonio. Por último, se ha buscado también el apoyo de la labor arqueológica sobre el terreno desarrollada por franceses, rusos e italianos que, con mayor o menor fortuna, ha intentado identificar algunos de los puntos clave del itinerario macedonio.

Sin embargo, la mayoría de estos topónimos, incluidos aquellos que parecen concitar un cierto consenso, no han encontrado en la realidad arqueológica las pruebas consistentes necesarias que permitan confirmar su identidad de forma definitiva y trazar de este modo con plena seguridad sobre un mapa moderno el itinerario de la conquista. Las huellas dejadas por la campaña de Alejandro sobre el paisaje asiático destacan por su rareza y escasez, en contraste con los testimonios más claros y abundantes de períodos anteriores, como el propiamente aqueménida, o inmediatamente posteriores al paso del conquistador macedonio, como el de los sucesivos reinos greco-bactrios o el imperio kushan, con algunos descubrimientos excepcionales como la ciudad de Ai Khanum o el templo del Oxo en Takht-i Sangin, mientras brillan todavía por su ausencia los restos visibles de cualquiera de las ciudades o colonias fundadas por el monarca macedonio³. La continuación de los trabajos arqueológicos, sobre todo los que se llevan a cabo en las antiguas repúblicas centroasiáticas, especialmente en Uzbekistan en colaboración con estudiosos franceses, y los que se desarrollan en la India por iniciativa italiana, hace esperar que algún día sus resultados permitan afirmar con la contundencia debida cuáles fueron los hitos principales de un itinerario que hasta la fecha todavía es objeto de numerosas incertidumbres y de todo tipo de hipótesis⁴.

³ De hecho, mientras se han publicado al menos dos recientes volúmenes sobre la arqueología de este segundo período, el helenístico, uno a cargo de Rachel Mairs (2014) y otro editado por la misma estudiosa (MAIRS 2021), no existe hasta la fecha ninguno que reúna los hallazgos realizados en estas zonas que podrían estar relacionados con el paso de la expedición macedonia.

⁴ Solo hay que echar un vistazo a la polémica que mantuvieron en este terreno Paul Bernard y Paul Goukowsky acerca de la ubicación precisa de algunas de las Alejandrías de la zona, (BERNARD 1982 b; GOUKOWSKY 1989) o las diferentes alternativas sobre la ubicación de determinados puntos de la ruta en Bactria y Sogdiana, RAPIN 2021.

Los aspectos puramente geográficos de la expedición no han figurado de este modo como temas preferentes dentro del inagotable manantial de estudios dedicados a Alejandro, tal y como puede comprobarse en las páginas de los repertorios bibliográficos de Seibert o del más reciente de Molina Marín⁵. Tampoco suele abundar este tipo de temas en el sumario de los numerosos volúmenes colectivos dedicados recientemente a la figura del monarca macedonio, incluidos aquellos que pretenden ofrecer una visión aparentemente más global y completa de su trayectoria, como el *Companion* editado por Brill en el 2003 a cargo de Joseph Roisman o la *New History* compilada por Lawrence Tritle en 2009⁶. Sin embargo, las discusiones acerca de la identificación de los diferentes puntos de la ruta ocupan un espacio considerable en los comentarios correspondientes de nuestras dos fuentes principales, Arriano y Curcio⁷. El aspecto relacionado con la geografía que ha suscitado más la atención en este terreno ha sido quizá la visión de Alejandro como explorador y descubridor de nuevas tierras, que le ha garantizado un lugar preeminente en historias generales de la exploración, como la del noruego Ørjan Olsen, publicada en 1933, y la compilada por John Keay, publicada por la *Royal Geographical Society* en 1991, o en la célebre monografía de Cary y Warmington sobre las exploraciones antiguas, aparecida en 1929⁸. La destacada contribución de Alejandro al notorio incremento de los conocimientos geográficos le ha llevado también a figurar en las historias de la geografía antigua, en algunas de forma destacada como las de Edward Bunbury, Christian Van Paassen, o Paul Pédech, y en el *Companion* de Brill publicado el

⁵ En el repertorio bibliográfico de SEIBERT 1972, pp. 216-217, los trabajos específicos dedicados a este campo son más bien minoritarios, contabilizando tan solo cinco, dado que a ellos se añaden también obras más generales sobre la historia de la exploración, como las de Cary-Warmington u Olsen. Contrasta en este sentido con el más reciente de MOLINA MARÍN 2018, pp. 196-197, en el que figuran bastantes más, pero de todos modos las referencias siguen ocupando tan solo dos páginas.

⁶ Solo en el próximo *Companion* de Cambridge dedicado a Alejandro, editado por Daniel Ogden, se anuncia un capítulo expresamente dedicado a este aspecto a cargo de Antonio Ignacio Molina Marín (MOLINA MARÍN en prensa, a quien agradezco la gentileza de haberme proporcionado su texto antes de que la obra haya visto la luz).

⁷ BOSWORTH 1980 y 1995; SISTI 2001 y SISTI – ZAMBRINI 2004; ATKINSON 1980 y 1994. No faltan tampoco este tipo de referencias en los comentarios de PRANDI 2013 sobre el libro XVII de Diodoro, de HAMILTON 1969 sobre la biografía de Alejandro de Plutarco, de YARDLEY – HECKEL 1997 sobre Justino, o de BIFFI 2005, 2002 y 1999 sobre los libros XV, XVI y XVII de Estrabón.

⁸ OLSEN 1933, pp. 121-144; KEAY 1991, pp. 23–26; CARY–WARMINGTON 1929, pp. 142-149. BIANCHETTI–CATADELLA–BICHLER 2016, con los capítulos a cargo de Joachim GERHKE y de Veronica BUCCIANINI. Destaca también dentro de esta misma perspectiva el clásico trabajo de BERVE 1949. Recientemente hay que señalar la tesis de Christopher KEGE-REIS 2016, que se dedica a estudiar a fondo este aspecto.

2016 a cargo de Serena Bianchetti, Michelle Cataudella y Reinhold Bichler, en el que ocupa nada menos que dos capítulos⁹.

Otra clara perspectiva geográfica se desprende del estudio de los aspectos logísticos de la campaña, subrayados ya en su día por la monografía de Donald Engels, aparecida en 1978, así como los sistemas de comunicación y obtención de las informaciones utilizados en el curso de la expedición, temas que han suscitado la atención específica de algunos estudiosos¹⁰. Aunque se trata de un campo menos conocido y documentado que su aplicación en determinados momentos de finales de la República y del imperio romano, no cabe duda de que los avances desarrollados en este último terreno gracias a los trabajos de Robert Sherk y Ronald Syme¹¹, salvando las distancias y las comparaciones estrictas entre situaciones históricas diferenciadas, pueden proporcionarnos alguna ilustración a la hora de avanzar por este camino. Inciden también en este mismo campo los trabajos dedicados al estudio de la administración del imperio, a la posición de las guarniciones o a la situación y fundación de nuevas ciudades, que permiten ilustrar desde esta perspectiva aspectos importantes de las decisiones de Alejandro que pudieron verse condicionados por este tipo de cuestiones¹².

El primer problema con el que nos enfrentamos a la hora de estudiar los aspectos geográficos de la expedición es la discordancia evidente entre la imagen cartográfica del mundo que tuvieron tanto los propios protagonistas de la expedición como los autores que escribieron acerca de la campaña y nuestra visión actual del orbe basada en la contemplación de un mapa. La campaña discurrió por los diferentes territorios de Asia y atravesó montañas, ríos y desiertos que siguen existiendo en la actualidad, aun con los cambios topográficos experimentados a lo largo del tiempo, sobre todo por lo que respecta al cauce de los ríos y a la línea

⁹ BUNBURY 1879, 407-534; VAN PAASSEN 1957, pp. 263-281; PÉDECH 1976, pp. 75-83 y 87-94. Lo que contrasta, por cierto, con el reducido espacio que ocupa en otras obras más recientes de esta clase, como DUECK 2012, donde no cuenta con ningún apartado propio, JACOB 2017 o ROLLER 2015, donde comparte capítulo con Piteas, si bien ocupa todavía algunas páginas, pp. 90-104. Sí aparece, en cambio, en CORDANO 1992, pp. 97-103; BIANCHETTI 2008, pp. 53-60 y MOLINA MARÍN 2010, pp. 126-154.

¹⁰ A los trabajos de BORZA 1977 y ENGELS 1980 se han añadido después los de HOLT 1993; WALLACE 2016 y 2020; BARON 2020 y AGUDO VILLANUEVA 2022.

¹¹ Nos referimos a trabajos como los de Robert SHERK 1974; Ronald SYME 1988; en la década siguiente destacan también estudios como los de A. D. Lee 1993, especialmente desde la p. 81 y ss. y Susan MATTERN 1999.

¹² Destacan en este terreno los trabajos de BADIAN 1965; THOMAS 1974; HIGGINS 1980; BOSWORTH 1983; WALTON DOBBINS 1984; HOLT 1986; HAMMOND 1998 y WORTHINGTON 2010.

de las costas, pero la representación mental de todo este espacio y la percepción de su ordenación territorial específica eran radicalmente diferentes entre ellos y nosotros. Como es bien sabido, los mapas no eran un instrumento habitual en las operaciones militares de la Antigüedad, si bien sabemos de la existencia de algunos 'esquemas cartográficos' de carácter sinóptico, similares quizá al que el tirano jonio Aristágoras exhibió en su día ante espartanos y atenienses para convencerles de que dieran su apoyo a la naciente rebelión contra los persas, en el que aparecía diseñada de forma global la secuencia de los diferentes pueblos del imperio siguiendo aparentemente las etapas de la ruta real que unía Sardes y Susa¹³. Pero tales diseños no eran capaces de proporcionar las herramientas necesarias para planificar una operación de conquista de esta envergadura, a pesar de que sus fundamentos principales descansaban sobre las grandes líneas marcadas por la estructura imperial aqueménida como su extensa red viaria, el repertorio de sus diferentes satrapías, sus diversas capitales y centros de poder provincial, y sus fronteras en los diferentes confines del imperio¹⁴.

La aparición en escena del imperio persa representó efectivamente una auténtica revolución para el conocimiento que los griegos tenían de Asia, limitado hasta entonces a las meras impresiones ocasionales de los mercenarios al servicio de los grandes imperios de oriente o a las noticias dispersas e interesadas de los comerciantes. El extenso catálogo de los diversos pueblos sometidos a su dominio, que un personaje ilustrado como Hecateo de Mileto, y quizá también otros intelectuales del momento, era capaz de enumerar ante sus compatriotas¹⁵, o la secuencia de sus diferentes satrapías y la suma interminable de los diversos contingentes que conformaban sus ejércitos, descritos oportunamente en la historia de Heródoto, trasladaron enseguida hacia los medios griegos la imagen de su inmensidad territorial y sus inacabables recursos¹⁶. Este considerable aumento de los conocimientos geográficos, con nombres de regiones, ríos y montañas además de la emergencia de algunos elementos clave del paisaje centroasiático, como el mar Caspio, o el valle del Indo, debió verse oportunamente reflejada en obras como la *Periégesis* de Hecateo y, para nosotros, ya con mucha mayor claridad en las páginas de Heródoto, arrinconando la visión mucho más simplista surgida de los poemas épicos de un mundo mucho más reducido, rodeado en todas partes por las aguas del océano. Sin embargo, esta espectacular irrupción de nuevos territorios y nuevas gentes dentro del horizonte geográfico griego no

¹³ HDT., V 49.

¹⁴ DAN 2013; BICHLER 2016; ROMNEY 2017; RAPIN 2018.

¹⁵ HDT., V 36, 2.

¹⁶ HDT., VII 60-99.

significó en ningún momento una reconfiguración de la imagen del orbe mucho más precisa y detallada que en los esquemas previos sino una simple ampliación del espacio ocupado dentro de ella. El espacio asiático, inevitablemente magnificado por la propia percepción griega del imperio, construida a partir de las impresiones provocadas por la potencia y la magnitud de sus ejércitos o por el lujo desbordante que exhibían el monarca y sus altos dignatarios¹⁷, continuó exhibiendo importantes distorsiones y fueron todavía numerosas las lagunas que lastraban una visión más exacta de los nuevos conocimientos.

En los momentos que precedieron a la expedición de Alejandro las descripciones del orbe, catalogadas como *períodoi gés*, a las que alude Aristóteles en varios pasajes de sus obras¹⁸, debieron ser relativamente abundantes, pero probablemente ninguna de ellas constituía un referente lo suficientemente sólido, preciso y detallado como para servir de instrumento práctico para la planificación de una campaña de conquista como la que Filipo planeó en su día y llevó luego a cabo Alejandro. Tal y como ha sugerido una gran parte de los estudiosos modernos, es posible que, primero Filipo y los miembros de su estado mayor, y después Alejandro hubieran tenido a la vista este mismo tipo de esquemas, derivados en este caso de las enseñanzas de Aristóteles¹⁹, si bien resulta poco creíble que la planificación de una expedición de esta envergadura hubiera descansado básicamente sobre esta clase de materiales. A fin de cuentas, se trataba de la imagen griega del orbe, de carácter fundamentalmente teórico, aunque sostenida ahora en su mayor parte por las informaciones procedentes de los medios persas, que es la que aparece reflejada en la literatura conservada y a la que respondieron las descripciones geográficas de los miembros de la expedición que hicieron el relato de la conquista, la mayoría también griegos. Sin embargo, es muy posible que el estado mayor macedonio dispusiera de informaciones más concretas, basadas principalmente en canales de carácter extraliterario que, lógicamente, no han dejado su reflejo en la literatura subsistente.

La obtención y la gestión de las informaciones pertinentes acerca del imperio persa debieron llevarse a cabo de manera un tanto diferente a la de los estados griegos, teniendo en cuenta que la monarquía macedonia formó parte desde los inicios del siglo V a. C. de la llamada *koiné aqueménida*, generando de este modo una serie de continuos intercambios al más alto nivel entre los dos rei-

¹⁷ BICHLER 2016.

¹⁸ ARIST., *Rh.*, I, 1360 a, 33-35; *Pol.*, 1262 a 19; *Mete.*, 350 a, 16. Al respecto, PRONTERA 2021.

¹⁹ En este sentido siguen insistiendo estudiosos como HÖGEMANN 1985, pp. 65-72 y BICHLER 2016.

nos, con la presencia incluso de altos dignatarios persas en la corte macedonia. Además, la posibilidad de preservar estas preciadas informaciones dentro de un reducido círculo, como el formado por el monarca junto con sus asesores y Compañeros, resultaba mucho más factible dentro de un reino como Macedonia que en una ciudad griega. No conviene olvidar que la única campaña griega que tuvo como objetivo llegar hasta la misma corte persa fue organizada por un miembro de la familia real, Ciro el Joven, hermano del Gran rey, que conocía a la perfección los diferentes resortes y recursos de la administración aqueménida, la capacidad de moverse a través de las vías de comunicación internas, la situación de sus principales centros logísticos y de poder, y las posibilidades reales de sostener un ejército en marcha dentro de este marco imperial. Sería ingenuo pensar, en consecuencia, que tanto Filipo como después Alejandro no contaron con las informaciones necesarias para preparar una expedición militar de esta envergadura y afrontar el desafío con un mínimo de garantías dentro de un marco razonable de expectativas. Es verdad que no tenemos las informaciones necesarias para poder dar respuesta a esta clase de cuestiones, pero la marcha y el desarrollo de la propia campaña, con sus diferentes movimientos y la adopción de determinadas decisiones, proporcionan los suficientes indicios para suponer con buen criterio que la visión del imperio que poseía Alejandro no se parecía en nada a la imagen mucho más general y desvaída que nos ofrecen las fuentes literarias, interesadas sobre todo en destacar la excepcionalidad de la aventura y el carácter épico de su protagonista.

Recomponer el universo mental de Alejandro no resulta una tarea fácil, dado que no todos sus impulsos se explican desde la perspectiva de un individuo formado a la griega, provisto del consiguiente bagaje intelectual en este terreno, y motivado por sus aspiraciones de emulación heroica que tenían en Heracles o Dioniso sus referentes fundamentales. Sus decisiones y sus actuaciones sobre la marcha revelan una mentalidad mucho más compleja, constantemente condicionada por diferentes factores que resulta tremendamente complicado diferenciar. Alejandro debió tener un mapa mental en el que constaban de forma más o menos detallada y precisa la disposición territorial de los dominios aqueménidas y las rutas más adecuadas que surcaban dicho espacio, como un fundamento imprescindible que le permitió primero concebir la expedición y después llevar a cabo la conquista del imperio persa. Los llamados mapas mentales han adquirido una especial importancia dentro de las investigaciones geográficas más recientes, concebidos como herramientas que, con mayores o menores fundamentos en la percepción de la realidad, nos permiten afrontar nuestros tratos con el mundo real mediante la adquisición, el almacenamiento y la utilización de las informaciones disponibles acerca del entorno geográfico y contribuyen,

en definitiva, a configurar nuestra visión del mundo²⁰. Hans-Joachim Gehrke se planteó no hace mucho la reconstrucción de este mapa mental de Alejandro resaltando como sus elementos fundamentales su declarada sed de conocimientos geográficos, sus deseos de alcanzar los límites, y el destacado papel que tuvieron las exploraciones dentro de la campaña de conquista. Insiste de nuevo en la función de Aristóteles en la formación del joven príncipe en este terreno, concediendo de este modo una cierta relevancia a los contenidos de carácter geográfico, contemplados incluso desde un punto de vista cartográfico y visual, dentro de su legado educativo. Sin embargo, reconoce a renglón seguido que, dada la vaguedad de estos esquemas, Alejandro se vio obligado a comparar y contrastar esta visión del mundo con su experiencia directa de la realidad a través de exploraciones emprendidas con fines mucho más pragmáticos que contribuyeron a ajustar su imagen del orbe a las necesidades de la conquista. De este modo, Alejandro convirtió la conquista en una investigación del mundo y viceversa. Algunas cuestiones prácticas como la precisa naturaleza del mar Caspio o la desembocadura del Indo en el océano meridional revelarían el proceso seguido en esta confrontación constante entre la teoría y la práctica que obedecerían a esa característica mezcla de los deseos del explorador y el conquistador²¹.

Ciertamente, Alejandro no actuaba movido solo desde los parámetros macedonios y griegos. En el curso de su avance, su contacto con el mundo de sus adversarios se fue haciendo cada vez más estrecho a través de la absorción progresiva de las antiguas elites iránias, tanto en el propio entorno del monarca como en las filas de un ejército que fue haciéndose progresivamente más complejo hasta el punto de que en el momento de la campaña en la India apenas se parecía ya en su composición al que había cruzado el Helesponto al inicio de la campaña. La ideología persa del dominio universal, exhibida en las inscripciones reales, en los monumentos públicos de las capitales y en otro tipo de ceremonias, cimentada en una larga tradición que se remontaba muy atrás en el tiempo, debió hacer pronto también mella en la mentalidad de Alejandro, cambiando su propia concepción como nuevo soberano del imperio y condicionando la mayoría de sus manifestaciones públicas. El escenario de la campaña había experimentado un cambio completo y el auditorio preferente de sus proclamas y actuaciones no eran ya sus tropas macedonias ni los medios griegos. Las fuentes grecorromanas que narran el desarrollo de la expedición proporcionan su propia visión de los hechos, interpretados siempre en clave griega, y condenan, con mayor o menor intensidad, el deterioro moral del monarca provocado por

²⁰ Una visión general sobre el tema en GOULD–WHITE 1986; también ROMNEY 2017.

²¹ GERHKE 2016.

la adopción de ciertas costumbres y ceremonias persas, ofreciendo un panorama del personaje que se desliza de manera inevitable desde los firmes postulados heroicos que marcaron el inicio de la campaña hacia un estilo de vida decadente y corrosivo que a la postre acabaría dando al traste con todas sus ambiciones. Alejandro parece así el resultado de una foto fija que iba decolorándose con el paso del tiempo sin haber sabido conservar las esencias propias ante un mundo completamente diverso al de sus orígenes que casi de la noche a la mañana pasó a formar parte de sus dominios.

Sin embargo, la historia real de la campaña oriental transitó por caminos bien diferentes. El desarrollo de la expedición no se explica bien del todo centrandó la perspectiva en su deseo imparable de conquistar nuevas tierras y hacer frente a nuevos desafíos, que aparece resumido por la famosa expresión del *póthos*, en contraste creciente con el cansancio y desesperación de sus tropas o la desconfianza y el recelo de al menos una parte importante de su estado mayor. La lectura que se desprende de nuestros testimonios nos ofrece la imagen de una expedición de conquista bien planificada en la que los objetivos inmediatos iban cambiando en función de las circunstancias, ajustándose en buena medida a la realización efectiva del proyecto inicial, que sin duda iba mucho más allá de una guerra de represalias de carácter panhelénico y de una ambición personal desmesurada capaz de desafiar a los héroes y dioses que, teóricamente, estimularon desde el inicio sus actuaciones.

Lejos de interpretaciones psicológicas acerca de la naturaleza particular del personaje, imposibles de comprobar en modo alguno y siempre abiertas a la interferencia de las propias inclinaciones personales de cada estudioso, solo los hechos que llevó a cabo y la manera en que preparó, organizó y desplegó las diferentes etapas de la conquista constituyen un fundamento relativamente sólido para intentar entender las razones y los objetivos de su comportamiento. En este sentido, la 'perspectiva oriental', apuntada también por Gehrke, contribuye de manera sorprendente a ilustrar y explicar muchas de sus actuaciones, al situarlas dentro del contexto apropiado de un nuevo escenario cuyos interlocutores preferentes no eran ya los macedonios ni mucho menos las ciudades griegas de la Liga de Corinto, sino todo un imperio sustentado en unos referentes ideológicos que Alejandro ya había asimilado y necesitaba exhibir y poner en práctica si deseaba convertir sus victorias militares en algo más duradero y permanente que una simple campaña en busca de botín. Robert Rollinger ha demostrado la incidencia práctica que estas proclamas universalistas orientales pudieron tener en la actuación de Alejandro, en episodios tan emblemáticos y significativos como la toma de la Roca de Aornos o su llegada hasta el océano en la India, aplicando a sus actuaciones los esquemas bien establecidos de los

monarcas orientales de presentarse como reyes del orbe cuyos dominios alcanzaban los mismos confines del mundo²².

La actuación de Alejandro, lejos de moverse entre los dos polos opuestos de la racionalidad más pragmática y la irracionalidad de sus impulsos inmediatos, se adecuó más bien a una serie de parámetros complementarios que no es posible aislar del todo como ejes motivadores de su conducta. Sus mapas mentales no se vieron reducidos al mero conocimiento del campo de actuación en el que debía desplegar sus dotes estratégicas y tácticas, sino que en su configuración intervinieron también otros resortes como la serie de obstáculos a superar en el curso de su avance, los centros de poder que, provistos de un prestigio ancestral, emergían de forma aislada dentro de su horizonte general de expectativas, los lugares dotados de una alta significación simbólica que ya habían figurado antes en itinerarios heroicos, como iconos destacados del mundo oriental o como referentes inevitables dentro de las tradiciones reales que intentaba asimilar en su nueva dimensión de soberano a la cabeza de un imperio, o la necesidad de crear su propia topografía, fundando ciudades que llevaban su nombre, dejando rastro de su presencia en lugares de memoria ya consolidados, como era el caso de Troya, o construyendo su propio reino con la designación de Asia que rompía aparentemente con los viejos patrones aqueménidas que trataba de superar. No se trataba de estructuras tan coherentes y articuladas como las que reclamaba el esquema de actuación de la conquista y el despliegue de las operaciones militares necesarias para llevar a cabo su cometido. Algunos de estos hitos podían aparecer en su mente provistos de su propia y particular fisonomía, incluso en ocasiones hasta despegados de su contexto inmediato, sin que adquiriesen especial protagonismo las vías que conducían hasta ellos o los territorios intermedios y colaterales entre los que se hallaban situados. Eran más bien espacios propios y diferentes, arrancados a la cruda secuencia hodológica de la campaña para ocupar su propia posición dentro de unos esquemas previos en cuya generación intervenían factores tan diversos como la geografía mítica derivada de los relatos heroicos, las teóricas aspiraciones hegemónicas de los grandes conquistadores orientales, entre los que destacaban figuras como la de Ciro el Grande o la babilonia Semíramis, o los deseos de construir un mundo a la medida en el que tanto los viejos 'lugares de memoria' como las regiones más apartadas de los confines del orbe quedaran convenientemente asimilados al paso de sus conquistas.

La conquista no se resume en el resultado de una expedición militar continuada a través de un espacio más o menos conocido que, visto desde una pers-

²² ROLLINGER 2014; ROLLINGER-DEGEN 2021 a. En este mismo terreno también, ROLLINGER 2016 y 2020; HAUBOLD 2012.

pectiva simbólica, abarcaba desde el Helesponto hasta la India. La geografía de la campaña no se traduce tampoco en la suma acumulativa de los diferentes territorios sometidos, cada uno de ellos con sus distintas peculiaridades, que quedó reflejada en solemnes discursos destinados a proclamar su gloria más que en inscripciones o relieves imperiales a la manera de los persas. La relación de Alejandro con la geografía fue más bien el resultado de un entramado mucho más complejo en el que se entrecruzaban de manera constante y en muchos casos sin aparente distinción diferentes perspectivas y modelos de actuación que tenían su punto de partida en constelaciones ideológicas muy diferentes, algunas ya adquiridas desde el inicio de la campaña, como la emulación de los modelos heroicos o la lucha ancestral entre Asia y Europa, que tenía ahora a Alejandro como principal protagonista, y otras que fueron sumándose en el curso de la expedición, como la sensación de dominio universal inherente a la culminación de la conquista y el deseo de alcanzar, de manera simbólica y real, los límites de un imperio que coincidían con los propios confines del orbe.

La geografía de la conquista de Alejandro no solo afecta a la preparación de la expedición, a la secuencia de la campaña y sus correspondientes anclajes en la geografía real e imaginaria del continente asiático, o a los desafíos reales que tuvo que afrontar en el curso de la campaña en cada uno de los territorios afectados. Su ámbito implica también la estela de los grandes centros de poder que afloraban en la realidad y en la memoria personal y colectiva, las dimensiones específicas de una geografía más simbólica que ejercía su fascinación más allá de los parámetros puramente geográficos, o las decisiones y actuaciones adoptadas en un espacio ya dominado, llamado a convertirse en un nuevo imperio personal. Esta perspectiva geográfica incluye también el intento de recuperar las percepciones e impresiones originales de sus protagonistas a través de los fragmentos dispersos de los primeros historiadores de la campaña y sus formas de abordar la descripción de un espacio diferente que lindaba nada menos que con los propios confines del orbe, la inevitable intromisión de actualizaciones geográficas posteriores en autores que compusieron sus relatos de la campaña ampliando quizá sus informaciones gracias al uso de fuentes más recientes que habían ampliado sus conocimientos acerca de aquellas regiones, y por último, la generación de una geografía fantástica e irreal que encontró su principal acomodo dentro de la llamada *Novela de Alejandro*, pero cuyos gérmenes iniciales se detectan ya en los propios expedicionarios, fascinados por un horizonte que parecía no tener fin y con el relato de maravillas de todas clases, surgidas particularmente del impacto producido por la contemplación de la flora y la fauna indias.

Se añaden al final del libro una serie de mapas ilustrativos que permitan facilitar la lectura y comprensión de los diferentes capítulos. Además de los de carácter más general sobre el recorrido global de la expedición, sobre el sistema viario aqueménida o sobre la reconstrucción del mundo habitado según el esquema de Eratóstenes, se han incluido algunos más parciales que afectan a las zonas de mayor complejidad geográfica como las regiones de Asia central y la India. Hubiera sido deseable contar con mapas más específicos que pudieran haber acompañado la secuencia del texto en determinados lugares del relato, pero las dificultades a la hora de crearlos ad hoc por la necesidad de detalle, o la existencia de derechos de autor que no han podido ser consultados para el correspondiente permiso de reproducción, han hecho del todo imposible dicho deseo inicial. Esperamos que el material gráfico así proporcionado, a pesar de su carácter general, pueda servir a su objetivo de clarificar en determinados momentos las referencias que se hacen en el texto a diferentes lugares y regiones. De todas maneras, para más detalle el lector puede acudir al *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, 2000, editado por R.J.A Talbert, que es extremadamente prolijo. En el enlace del *Ancient World Mapping Center* (<http://awmc.unc.edu/wordpress/free-maps/>), además de ofrecer instructivos y completos mapas basados en la edición de Talbert, se pueden encontrar útiles links, en particular el buscador Pleiades (<https://pleiades.stoa.org/>).

Finalmente, las referencias abreviadas a autores griegos y a las colecciones de fragmentos y de fuentes epigráficas y papiáceas siguen el uso del *Diccionario Griego-Español* del CSIC. Para los autores latinos se han utilizado las abreviaturas del *Thesaurus Linguae Latinae*.

CAPÍTULO 1

AL ASALTO DE UN IMPERIO: UNA PERSPECTIVA GEOGRÁFICA

1. Un proyecto ambicioso

Según Diodoro, la idea de conquistar un día Asia rondaba a menudo la cabeza de Filipo II, que se regocijaba ampliamente con su sometimiento por los macedonios y tenía constantemente en mente el derrocamiento (*katastrophé*) del imperio persa¹. La realidad de estas inquietudes parece confirmarla el testimonio de Teopompo, que instaba al monarca a permanecer fiel a las costumbres macedonias y reinar sobre toda Europa, en un intento aparente de desviar su mirada del imperio persa contrarrestando las constantes llamadas de Isócrates a emprender su expansión hacia Asia². Lo cierto es que Filipo hizo finalmente efectivas estas intenciones con el envío de un contingente militar hacia territorio asiático bajo el mando de Átalo y Parmenión. Su idea era incorporarse después también él mismo al frente de su ejército, una vez concluida la solemne y ostentosa celebración de la boda de su hija Cleopatra con Alejandro del Epiro, su cuñado, pero su inesperado asesinato truncó por completo todos sus planes en esta dirección³.

Desconocemos cuándo Filipo concibió este proyecto de conquista y cuáles fueron las dimensiones precisas de sus planes⁴. Ignoramos igualmente por completo la mayor o menor amplitud de sus conocimientos acerca de la geo-

¹ D.S., XVI 91, 4 y 92, 4.

² ΤΗΕΟΡΟΜΠ.ΗΙΣΤ, *FGrHist* 115 F 256. Al respecto, BEARZOT 1986.

³ D.S., XVI 91, 1. Sobre la expedición de Parmenión y Átalo, KHOLOD 2018.

⁴ Ese es el problema permanentemente debatido entre los estudiosos modernos, así ELLIS 1976, pp. 211 y ss. Un resumen de la cuestión en ANSON 2020, pp. 151-161.

grafía del imperio persa, pero, a juzgar por su determinación en este terreno, debió poseer al menos el bagaje suficiente como para contemplar con cierto optimismo la viabilidad de una empresa de tal envergadura. Tampoco sabemos prácticamente nada sobre los preparativos de la campaña ni tenemos noticias de los debates y las reflexiones dentro de la corte que impulsaban o desalentaban su puesta en marcha. La opacidad es prácticamente total en este terreno. En Macedonia este tipo de decisiones se adoptaban dentro de los muros del palacio y con dificultad trascendían más allá del reducido círculo de la cancillería real, salvo cuando los intereses propagandísticos de la propia corte hacían aconsejable su difusión. En cambio, en los estados griegos cualquier decisión de gran envergadura se trasladaba casi de inmediato hacia el ámbito público, a través de los espacios habituales de comunicación como las asambleas, los tribunales, el teatro, los santuarios o las frecuentes reuniones de los ciudadanos en el ágora⁵. De este modo, los planes de Filipo contra Persia solo alcanzaron resonancia pública tras la constitución de la Liga de Corinto, cuando parecía ya asegurada su plena hegemonía institucional sobre el conjunto de los estados griegos y podía camuflar sus planes de expansión presentándolos bajo la bandera de una campaña de represalias contra los persas por los agravios inferidos a los griegos ciento cincuenta años antes⁶.

Una decisión de este tipo, a la vista de las dificultades de carácter geográfico y logístico que implicaba, no pudo adoptarse de manera repentina e inesperada como resultado de un estado coyuntural de euforia a causa de los recientes éxitos conseguidos. Más bien debió tratarse de un proyecto largamente meditado en el que Filipo había depositado grandes expectativas. No era una campaña más, generalmente de corta duración, de las que se emprendían con cierta regularidad contra los pueblos y regiones del entorno. Filipo conocía a la perfección las extraordinarias dimensiones territoriales de su enemigo, su abundancia de recursos y su imponente potencia militar. No era en modo alguno ajeno al desarrollo de los acontecimientos dentro del imperio persa, dada la larga historia de mutuas relaciones entre ambos estados. Por la corte macedonia pasaron además importantes representantes de la aristocracia persa en calidad de embajadores o de exiliados⁷. El más célebre de todos ellos fue sin duda Artabazo, hijo del famoso sátrapa de Frigia helespónica, Farnabazo, y después sátrapa también él

⁵ Sobre los procesos de comunicación dentro de la pólis, LEWIS 1996 y COULET 1996, pp. 55 y ss.

⁶ Sobre la campaña de propaganda en este sentido, SQUILLACE 2004, pp. 60-71.

⁷ Sobre estos personajes, BERVE 1926, pp. 26 (Amminapes); 82-84 (Artabazo); 356 (Sisines).

mismo de dicha región, que, tras el fracaso de su rebelión contra Artajerjes III en el 356 a.C., escapó hacia Macedonia acompañado de su numerosa familia, entre la que figuraba su hija Barsine, que se convertiría luego en la primera compañera de lecho de Alejandro. Allí permaneció durante unos años hasta que consiguió finalmente el perdón del rey persa y pudo regresar a Persia en torno al 345 a.C.⁸. Otro de los refugiados que buscaron refugio en la corte macedonia durante el reinado de Artajerjes III fue el noble parto Amminapes, que mantuvo después su lealtad hacia Macedonia siendo premiado por Alejandro con la satrapía de Hircania⁹. Finalmente, un tal Sisines fue enviado por el sátrapa de Egipto a la corte de Filipo y acabó instalándose también en Macedonia, formando luego parte del séquito de Alejandro en su expedición en el 334 a. C.¹⁰ Seguramente no fueron los únicos miembros del estado mayor persa que estuvieron presentes en algún momento dado en la corte macedonia y es lógico pensar que este flujo de contactos al más alto nivel tuviera sus efectos prácticos en una mayor familiaridad sobre las cuestiones principales que afectaban al imperio aqueménida¹¹.

Aparte de estos contactos directos, Filipo pudo adquirir también informaciones importantes acerca de las regiones más próximas del imperio a través de sus contactos con algunos gobernantes anatolios cuyos dominios se hallaban situados dentro de la órbita de influencia persa en Asia Menor. Uno de ellos fue Hermias, discípulo de Platón y Aristóteles, que ejercía el poder sobre una zona situada en el noroeste de Asia Menor, con centro en las ciudades de Atarneo y Asos, si bien parece que entre sus dominios figuraban también la ciudad de Eritras y la costa jonia situada frente a la isla de Quíos¹². Demóstenes lo llegó a denominar, quizá de forma un tanto exagerada, 'el agente y confidente de todos los preparativos de Filipo contra el Rey'¹³, aunque es probable que su actividad nunca se ajustara del todo a este contundente dictamen. Lo cierto es que Aristóteles se instaló en Atarneo tras su forzada salida de Atenas y según algunos pudo haberlo hecho instado por el propio Filipo, que pretendía utilizarle para explorar la situación de Persia¹⁴. Posiblemente, no cabe exagerar la decidida participación del filósofo en este delicado y escurridizo terreno, si bien dejó bien patente su posición claramente

⁸ D.S., XVI 52, 2; ATH., VI 256 C-E.

⁹ CURT., VI 4, 25.

¹⁰ CURT., III 7, 11.

¹¹ OLBRYCHT 2010 a, p. 347.

¹² Sobre Hermias, WORMELL 1935 y GREEN 2003, p. 30. Acerca de sus dominios, D.S., XVI 52, 5, afirma que controlaba numerosas fortalezas (*ochurómata*) y ciudades de la zona. Sobre la extensión de su influencia sobre algunas ciudades jónicas, FLOWER 1994, pp. 86-88.

¹³ D., X 32.

¹⁴ CHROUST 1972 a y 1972b; NATALI 2013, pp. 32-42.

antipersa en la advertencia hecha a Filipo acerca de la adopción del estilo monárquico persa y de sus prácticas sucesorias, contenida en la *Retórica* de Filodemo¹⁵. El asesinato de Hermias a instancias del rodio Mentor, nombrado por Artajerjes general supremo en la guerra contra los rebeldes egipcios, revela igualmente las sospechas que se habían suscitado en este terreno dentro de la cancillería persa. De hecho, Aristóteles tuvo que huir precipitadamente de Atarneo tras la muerte de Hermias, tal y como nos informa Estrabón¹⁶.

Filipo intentó establecer también una sólida relación con el sátrapa de Caria, Pixodaro, a través de un acuerdo matrimonial que vincularía a su hijo Arrideo con Ada, la hija de aquel, probablemente con la idea de conseguir un importante apoyo dentro del territorio asiático, dado que Ada era además hija de una noble capadocia y podía así sumar nuevos apoyos para sus posibles expectativas. Sin embargo, la inoportuna intervención de Alejandro, que llegó a ofrecerse al sátrapa cario como alternativa más conveniente a su hermanastro, acabó saboteando el acuerdo, provocando de este modo la ira de Filipo al ver cómo se deshacían sus planes en esta dirección¹⁷. De hecho, Pixodaro dio su hija en matrimonio al persa Orontopates, que estaría al frente de Halicarnaso en el momento del ataque de Alejandro a la ciudad caria, indicando de este modo que, una vez deshecha la posibilidad de una alianza macedonia, a Pixodaro no le quedaba otra alternativa para garantizar su posición que retornar de manera decidida dentro del bando persa.

Los intensos y continuados contactos de Filipo con el imperio persa pudieron tener también su efecto en la adopción de algunas de sus instituciones, como el nombramiento de un secretario real y el establecimiento de un archivo, o la adopción de un trono especial con el fin de visualizar el elevado estatus del monarca y reforzar su posición política y religiosa dentro del reino¹⁸. Algunas instituciones clave de la monarquía macedonia como el cuerpo de pajes reales o el batallón compuesto por los Compañeros (*hetairoi*) del monarca pudieron también inspirarse en prototipos aqueménidas, como los denominados Parientes (*suggenéis*) persas¹⁹. Era perfectamente normal que tanto la organización de

¹⁵ PHLD., *Rh.* II 61 (Sudhaus) (advertencia de Aristóteles); D., X 32; D.S., XVI 52, 5-8; D.L., V 6 (asesinato de Hermias).

¹⁶ STR., XIII 1, 57. Sobre la actividad represiva de Mentor en este terreno, D.S., XVI 52, 5-7.

¹⁷ PLU., *Alex.*, 10, las consecuencias fueron nada menos que el exilio de los compañeros de Alejandro que colaboraron con él y la petición a los corintios de que le enviaran encadenado al actor Tésalo que había sido el agente de Alejandro en el asunto. HORNBLLOWER 1982, pp. 218-222.

¹⁸ KIENAST 1973; BORZA 1990, pp. 259-261; SPAWFORTH 2007, pp. 90-92.

¹⁹ HECKEL 1992, pp. 238-244. En cambio, HAMMOND 1990, la considera una institución arraigada plenamente dentro de la tradición macedonia.

la corte real macedonia como algunas de sus prácticas administrativas, y particularmente la forma de visualizar el poder real a través de la exhibición y del ceremonial que lo distinguían del resto de la nobleza, siguieran los patrones aqueménidas, pues era a fin de cuentas el modelo más próximo para su proyecto de construir una monarquía fuerte y consolidada²⁰.

Esta continuada relación entre ambos estados a los más altos niveles debió generar canales sólidos y fiables de comunicación a través de los que fluían las informaciones. No es extraño, por tanto, que en la cancillería real macedonia se tuviera un conocimiento más o menos aproximado de las dimensiones del imperio, de los diferentes territorios que lo componían, de las rutas más idóneas que conducían hacia el interior y permitían alcanzar sus principales centros de poder, de las complicaciones que podía implicar la topografía concreta de las diferentes zonas para el avance eficaz de la campaña, o de las opciones más viables para conseguir en todo momento los suministros necesarios para una expedición de esta envergadura. La célebre anécdota narrada por Plutarco acerca de las sorprendentes preguntas que un jovencísimo Alejandro, situado a la cabeza del estado en unos momentos en los que Filipo se hallaba ausente de la corte, dirigió a unos embajadores persas acerca de la longitud de los caminos del imperio, de la forma de viajar por las tierras más remotas de Asia, del comportamiento del rey persa en caso de conflicto o sobre la fuerza y la potencia de sus ejércitos, resume perfectamente este proceso informativo²¹. Aunque Plutarco incluye la anécdota en su biografía con otra finalidad, la de destacar la fuerte personalidad de Alejandro y su temprana perspicacia dentro de una situación de esta clase, la noticia ilustra muy bien cuáles eran las preocupaciones en esos momentos de la cancillería real y encaja, además, con el mismo talante que Alejandro demostró ya en el curso de la campaña asiática, como el encargo que hizo a Derdas en su supuesta embajada hacia los escitas o los preparativos minuciosos que llevó a cabo ante su proyectada expedición contra Arabia, mostrando un tipo de preocupaciones muy similares a las expresadas por la mencionada anécdota²².

Con todas estas informaciones en su poder y a la vista de las circunstancias del momento, el estado mayor macedonio pudo considerar que se daban las condiciones oportunas para contemplar con un cierto optimismo la puesta en marcha y el desarrollo posterior de un proyecto tan ambicioso. El imperio per-

²⁰ SPAWFORTH 2007; OLBRYCHT 2010 a, p. 346; MÜLLER 2015, pp. 464-466; MORGAN 2016, pp. 255-29, que relativiza algunas de estas conexiones macedonias con el imperio aqueménida.

²¹ PLU., *Alex.* 5, 1-3; *Mor.* 342 B-C.

²² Sobre la expedición a Arabia, HÖGEMANN 1985; pp. 184 y ss.; ARR., *An.* 4, 1, 2 (sobre la embajada a los escitas)

sa continuaba siendo en esos momentos, si bien con algunos altibajos, el mismo gigante político que había impuesto su hegemonía sobre la mayor parte del orbe conocido, especialmente en su vertiente oriental, pero algunos problemas de sucesión, la rebelión reiterada de algunos de sus dominios más importantes como Egipto, o las revueltas internas promovidas por algunos sátrapas pudieron alentar ciertas expectativas sobre la debilidad creciente del aparato político y militar aqueménida. Ya con anterioridad, un personaje netamente inferior a Filipo, como el tirano tesalio Jasón de Feras, había hecho gala de unas ambiciones parecidas basándose en este mismo tipo de apariencias, si bien no pudo llevarlas a cabo a causa de su asesinato²³. También jugaba a favor de Filipo el balance positivo en el historial de los enfrentamientos griegos con los persas. La superioridad militar macedonia sobre los más ilustres representantes de la milicia griega, tras la sumisión de tesalios y focidios y la consecución de su aplastante victoria en Queronea sobre atenienses y tebanos, hacía concebir las mejores expectativas en este terreno. Poseía un potencial militar muy superior al de los contingentes griegos que se habían enfrentado a los persas y disponía además de las condiciones geoestratégicas adecuadas tras su control de la zona de Tracia aladaña a la Propóntide y de su alianza con Bizancio y otras ciudades costeras de la región de los estrechos que le aseguraba el mantenimiento de una línea de suministros y comunicaciones por vía de tierra para el cruce del Helesponto²⁴. Podía incluso permitirse una ausencia larga y prolongada de su reino tras haber conseguido las condiciones de estabilidad necesarias dentro de sus dominios griegos con la instauración de la Liga de Corinto, que no solo había impuesto la tan deseada paz común (*koiné eiréne*) sino que el acuerdo vinculaba a sus miembros bajo juramento a mantener el reino de Filipo y sus descendientes²⁵.

Filipo era seguramente también bien consciente del potencial propagandístico que tenía presentar su expedición contra Persia como una campaña panhelénica de represalias. Conocía de sobra la campaña de Demóstenes en su contra, tratando de presentarlo como el auténtico enemigo común de los griegos en esos momentos, muy por encima del peligro que en esos momentos podía representar la dominación persa ya casi reconocida de facto, que ahora solo se hacía patente en las ciudades griegas de Asia Menor. La presentación de su expedición contra el imperio persa como una campaña de venganza panhelénica

²³ X., *HG* 6, 1, 4-16 e *Isoc. Phil.* 119.

²⁴ KING 2018, pp. 93-94.

²⁵ RHODES-OSBORNE 2003, pp. 372-379. JUST., IX 5, 16, afirma al final de la descripción de las medidas que: *neque enim dubium erat imperium Persarum his apparitibus peti.*

contra los agravios inferidos casi ciento cincuenta años antes podía contribuir a despejar este horizonte, invitando de este modo a dirigir de nuevo la mirada hacia el oriente en lugar de hacia el norte, que era a donde apuntaban sus enemigos. La campaña conectaba además con el tema de la liberación de las ciudades griegas de Asia que ya había guiado teóricamente iniciativas anteriores como la del espartano Agesilao, a pesar del escaso interés que el propio Filipo podía tener por el tema, tal y como se mostró posteriormente durante la campaña de Parmenión por la zona²⁶.

Se ha contemplado la posible influencia en los planes de Filipo de las proclamas de Isócrates, que ofrecía además diferentes alternativas. En ellas contemplaba la conquista de todo el imperio persa, si bien parece una opción formulada casi de puntillas que no fue considerada en serio en ningún momento. Otra de las opciones planteadas era la anexión de todo el territorio de la península anatolia desde Cilicia a Sínope, creando allí colonias de desarraigados que cumplirían la doble función de liberar al mundo griego de elementos perturbadores de la paz social y convertirse en una auténtica zona de choque que mantendría el mundo griego a resguardo de cualquier futuro ataque persa. Finalmente, quizá como la opción más sencilla y factible, se planteaba la liberación de las ciudades griegas de Asia Menor²⁷. Resulta complicado imaginar que los planes de Filipo pudieran verse condicionados por el discurso de Isócrates, teniendo en cuenta además que el interés fundamental del orador griego no era instar al monarca macedonio a realizar determinadas conquistas, sino aprovechar la expedición contra Persia para conseguir la estabilidad y la seguridad de los estados griegos gracias a la instalación de establecimientos permanentes en Asia Menor que darían acogida a los numerosos desfavorecidos que provocaban en esos momentos disturbios e inestabilidad en las ciudades griegas²⁸.

La opinión de los estudiosos modernos se mueve entre diferentes opciones a la hora de interpretar los planes de conquista de Filipo. Algunos abogan efectivamente por unos objetivos limitados, como la consecución del dominio de Asia Menor mediante el control efectivo de algunas zonas estratégicas de la península anatolia, destinadas a proteger los nuevos dominios macedonios de posibles interferencias persas. Otros, en cambio, proponen un horizonte mucho

²⁶ SEAGER – TUPLIN 1980, pp. 144 y ss.

²⁷ ISOC. *Phil.* 119 y ss. Sobre la cuestión, ELLIS 1976, pp. 227-228, que considera la primera opción como un mero ideal, la segunda como realizable, laudable y beneficiosa, y la tercera como suficiente *faute de mieux*.

²⁸ BRUNT 1965, p. 207, afirma que la recomendación de Isócrates de ganar fama al conquistar tierras en Asia Menor para solucionar el exceso de población griega, “at Pella this can only have evoked ridicule”. Sobre el panhelenismo de Isócrates, POWNALL 2007, p. 21.

más ambicioso, comparable incluso al de Alejandro, que podría haberse ido desarrollando en función de las oportunidades que se le fueran presentando²⁹. La opción más conservadora parece encontrar apoyo en la reacción favorable mostrada por algunos miembros destacados de su estado mayor, como Parmenión, procedentes de la vieja guardia de Filipo, ante las ofertas que hizo Darío III a Alejandro tras la batalla de Isos, ofreciendo como límite posible de los nuevos dominios macedonios reconocidos por el monarca persa, primero el Halis y luego más tarde el Éufrates, que contrastaban abiertamente con las aspiraciones más ambiciosas de Alejandro³⁰. Sin embargo, no tenemos la seguridad de que este tipo de razonamientos pudieran retrotraerse hasta el propio Filipo, a la vista de la campaña de desprestigio de Parmenión, que aparece siempre como un serio obstáculo en los proyectos del monarca³¹.

2. Macedonia y Persia: Una larga historia

Las relaciones entre Macedonia y Persia venían de lejos y se consolidaron ya de manera formal durante el reinado de Alejandro I, a comienzos del siglo V a.C., mediante el matrimonio entre su hermana, Gigea, y el noble persa Bubares, hijo de Megabazo, encargado por Darío I de dirigir la fallida expedición contra los escitas en la última parte del siglo VI a.C. El reconocimiento explícito de la soberanía persa se atribuye generalmente a su padre y predecesor en el trono, Amintas I, que habría aceptado la concesión de la tierra y el agua como símbolos de sumisión a la embajada persa enviada por Megabazo, pero probablemente la sumisión formal se hizo efectiva durante el reinado de Alejandro I, concretándose en la estrecha colaboración del monarca macedonio en las operaciones militares persas durante la expedición de Mardonio contra el territorio griego en el 483 a.C. Esta situación obligó después a Alejandro I a tratar de

²⁹ Así, SCHACHERMEYR 1973, p. 62; ELLIS 1976, pp. 228-229; WORTHINGTON 2008, pp. 167-168; ANSON 2020, pp. 151-161, abogan claramente por el objetivo más limitado. BRUNT 1965, pp. 207-208, le considera un oportunista y no desecha la idea de que, en función de los éxitos militares que pudiera conseguir, contemplara la posibilidad de conquistar todo el imperio, con independencia de cuáles fueran sus intenciones iniciales; BUCKLER 1996, expresa una visión similar, si bien centra su análisis en la adquisición de la hegemonía dentro del mundo griego. En esta misma línea, BROSTIUS 2003, afirma que Filipo solo estaba interesado en Asia como una manera de proteger su hegemonía en Grecia. FREDRICKSMEYER 1982, equipara, en cambio, abiertamente sus objetivos con los de Alejandro.

³⁰ D.S., XVII 54, 1-6; JUST., XI 12, 9-16. De hecho, Parmenión había sido claramente uno de los más estrechos confidentes del rey, PLU., *Mor.* 177 c y 179 b.

³¹ BEARZOT 1987.

blanquear su actuación ante los medios griegos confeccionando una historia de carácter ficticio y apologético, que aparece reflejada en Heródoto³². Los hechos resultan, en efecto, escasamente creíbles, ya que Alejandro, todavía un joven príncipe, habría ordenado nada menos que asesinar a los miembros de una embajada persa en el curso de un banquete celebrado en su honor por haber solicitado la presencia de mujeres y haber intentado después propasarse con ellas, haciendo pasar como mujeres a jóvenes armados provistos de la indumentaria femenina³³. Alejandro I procedió después a eliminar todo rastro visible de los persas llegando incluso a sobornar a la comisión enviada en busca de noticias sobre los desaparecidos y ofreciendo su hermana como esposa al mencionado Bubares, que encabezaba dicha delegación³⁴. Fuera como fuese, lo cierto es que este matrimonio entre Gigea y Bubares, que pudo muy bien plantearse ya en tiempos de Amintas I como parte de sus negociaciones con los persas o formar parte de la política seguida por Alejandro I tras su acceso al trono en torno al 498 a.C., sirvió para sellar las amistosas relaciones entre ambos reinos durante un largo período. Podría pensarse incluso que no fue casualidad que el hijo nacido de esta relación llevara el nombre macedonio de Amintas en lugar de uno persa, si se trataba de una estrategia persa para convertirlo en un día en futuro gobernante de los macedonios, facilitando de este modo su aceptación por parte de la población local³⁵.

Alejandro I se convirtió efectivamente en el agente persa más destacado durante el intento de conquista de Jerjes en el 483 a. C. tras haber reconocido explícitamente la soberanía persa en el 492 a. C., tal y como afirma Heródoto en un pasaje posterior al citado anteriormente³⁶. De este modo hizo llegar a los griegos emplazados en Tempe un mensaje claramente disuasorio que ponía de relieve la inutilidad de una resistencia armada ante la apabullante superioridad de las fuerzas persas³⁷. El objetivo de los mensajeros macedonios no era solo persuadir a los griegos para que se retiraran de Tempe sino instarles también a abandonar cualquier expectativa de oposición ante el avance persa. Los griegos

³² HDT., V 17-21. Al respecto, BADIAN 1994.

³³ ERRINGTON 1981 a.

³⁴ Acerca de la historia y su rechazo generalizado por los estudiosos, BORZA 1990, pp. 101-105.

³⁵ De hecho, el que después se le otorgara el gobierno de la ciudad de Alabanda sería, en opinión de Badian, un premio de consolación tras constatar que sus posibilidades dentro del plan inicial habían fracasado después de la pérdida de Macedonia de la esfera de control persa, BADIAN 1994, pp. 115-116.

³⁶ HDT., VI 44, 1. Así lo subraya también el testimonio en este sentido de Sincelo (I, 469 Dindorf y 269, 10-11 Mosshammer) que afirma que hizo entrega a los persas de la tierra y el agua.

³⁷ HDT., VII 173, 3.

acabaron por retirarse del lugar a causa de la existencia de otra ruta de invasión alternativa que conducía desde la alta Macedonia hacia Tesalia, según afirma el propio Heródoto³⁸, más que persuadidos por las razones esgrimidas por Alejandro. Quiso mostrar una actitud benefactora y amistosa hacia los atenienses, pero su actuación se decantó claramente siempre a favor de los intereses persas. Cuando la campaña persa se adentró en Beocia, el monarca macedonio envió soldados que teóricamente debían proteger a las ciudades de la zona, pero, en realidad, su intención era demostrar a Jerjes que continuaba estando claramente del lado persa³⁹. Mardonio, consciente de la política un tanto ambigua practicada por Alejandro, trató de aprovechar su posición en este terreno, pues a su estrecho parentesco con los persas mediante el matrimonio de su hermana con Bubares se añadía su condición de *próxeno* y *evergeta* con los atenienses. Le envió de este modo a Atenas durante el invierno del 480/479 a.C. con la intención de que persuadiera a los atenienses a establecer la paz con el Gran Rey⁴⁰. Mardonio creía apostar sobre seguro, ya que confiaba en la lealtad de Alejandro y al tiempo estaba convencido de que, dada su relación amistosa con los atenienses, podría desplegar toda su capacidad de persuasión para inducirles a aceptar la oferta persa, dando la impresión de que se preocupaba por su bienestar al igual que ya había sucedido con anterioridad en el desfiladero de Tempe. De hecho, según la versión de los espartanos, referida por Heródoto, el objetivo de Alejandro no era otro que inducir a los atenienses a pactar con el bárbaro⁴¹. El monarca macedonio participó también activamente, situado dentro del campamento persa⁴², en la campaña de Platea, sin que la derrota condicionara su posición propersa, a la vista de que las fuerzas persas, ya en retirada bajo el mando de Artabazo, encontraron las facilidades oportunas a su paso por Macedonia en su camino de regreso a Asia sin que fueran objeto de ningún ataque hasta que alcanzaron Tracia, situada ya fuera de sus dominios⁴³.

Heródoto también se hace eco de la misión nocturna de Alejandro I antes de la batalla de Platea, en la que se entrevistó en secreto con los generales atenienses

³⁸ HDT., VII 173, 4.

³⁹ HDT., VIII 34.

⁴⁰ HDT., VIII 136, 140; PAUS., VII 25, 6.

⁴¹ HDT., VIII 141, 1, una impresión que se ajusta al contenido del discurso de sus embajadores en esos momentos y al hecho de que se hubiera retardado la audiencia para que los enviados espartanos estuvieran presentes con el fin de evitar suspicacias posteriores sobre lo allí tratado. La manifiesta confesión de su adhesión a la causa helena que figura a continuación (VIII 144) no hace sino resaltar más todavía la aparente consistencia de las sospechas que la misión de Alejandro podía suscitar en este sentido.

⁴² HDT., IX 45, 3.

⁴³ HDT., IX 89.

ses para avisarles del inminente ataque persa y aconsejarles que adoptaran las medidas pertinentes, recordándoles como garantía de sus buenas intenciones su constante preocupación por la causa griega y su propia condición helena, con el fin de que tuvieran luego en cuenta su actuación en estos momentos, en el caso de victoria griega. A pesar de que Badian admite la posible veracidad de la historia a la vista de las circunstancias del momento⁴⁴, parece a todas luces más bien un intento más de apología posterior construido *ad hoc* por el propio monarca macedonio. Es probable que Alejandro, consciente de las posibilidades griegas tras su reciente victoria en Salamina y su reconocida capacidad militar en la lucha por tierra, decidiera jugar oportunamente sus cartas a las dos bandas. Si la victoria final acababa decantándose del lado persa, Mardonio no se enteraría del asunto a la vista de la lealtad que los macedonios mostraron en el desarrollo de la batalla, en el curso de la cual no se produjo de hecho ninguna desertión, según afirma Heródoto, mientras que en el caso de un triunfo griego confiaba que su gesto amistoso fuera valorado de la manera adecuada en el momento decisivo de liquidar cuentas con los adversarios.

Parece, por tanto, evidente que la colaboración de Alejandro I con los persas debió ser ciertamente considerable, tal y como podría deducirse de sus evidentes y descarados intentos posteriores por limpiar su imagen en este terreno, alegando su propia condición de griego a través de la genealogía y recordando insistentemente sus demostraciones de amistad hacia la causa griega en repetidas ocasiones⁴⁵. No sabemos nada, en cambio, acerca de la actitud o de la actividad de Alejandro I durante el período intermedio entre las dos invasiones persas, ya que Heródoto guarda un inoportuno pero significativo silencio sobre su reacción durante el paso de Jerjes por el territorio macedonio. Sin embargo, sí conocemos las operaciones de su cuñado Bubares en el 483 a.C., encargado por Jerjes de dirigir la construcción del canal en el istmo del monte Athos, y resulta difícil imaginar que el propio Alejandro I no estuviera al corriente de esta iniciativa, teniendo en cuenta el tiempo que necesitó la ejecución de la obra, cifrado por Heródoto en unos tres años⁴⁶. Su aparente pasividad en este terreno y la ausencia de cualquier noticia sobre su colaboración parecen más bien resultado de su actitud favorable a la causa persa, en la que su cuñado se hallaba

⁴⁴ BADIAN 1994, pp. 118-119. BORZA 1990, pp. 110-111, considera la historia sospechosa y poco factible.

⁴⁵ BORZA 1990, pp. 114-115, considera que las tres historias, la del asesinato de la embajada persa, la de la misión nocturna antes de Platea y la de su participación en los juegos olímpicos, derivaban del propio Alejandro o de una visión oficial surgida en la corte macedonia de esos momentos.

⁴⁶ HDT., VII 22.

además implicado de forma tan destacada. Alejandro I mantuvo en todo momento su colaboración con los persas, bien mediante la presencia efectiva de sus tropas como parte del ejército invasor, como supervisores de la lealtad beocia, e incluso sirviendo de enlace con los atenienses, aunque siempre bajo la iniciativa de Mardonio. Solo su misión nocturna en Platea, en la que decidió sacar el máximo partido de su ambigua relación con la ciudad griega, parece escapar de este patrón de comportamiento.

Las relaciones macedonias con Persia durante el período que siguió a la retirada persa después de Platea no aparecen reflejadas en la documentación disponible hasta el momento en que se produjo el choque entre ambos estados ya bajo el reinado de Filipo II en el contexto del fracasado intento de asedio a la ciudad de Perinto, pero, a pesar de este aparente y perturbador silencio, las relaciones mutuas debieron continuar, con mayor o menor grado de intensidad, a juzgar por la presencia ya mencionada de exiliados persas en la corte macedonia en tiempos de Filipo II y por la posibilidad de que existiera un tratado entre ambos reinos que la ayuda persa a Perinto daría por concluido⁴⁷.

3. Las insuficiencias de la tradición literaria

Resulta ingenuo pensar que la tradición literaria conservada hasta nosotros contiene todos los datos necesarios sobre una situación determinada, sobre todo teniendo en cuenta su carácter necesariamente selectivo a la hora de filtrar diferentes clases de informaciones o su enfoque preferencial sobre las hazañas militares de los principales protagonistas, dejando en el plano secundario otro tipo de aspectos determinantes que no eran considerados esenciales desde esta perspectiva. Además, en este caso, Macedonia, prácticamente uno más de los territorios marginales del mundo griego, apenas suscitó la atención de sus medios literarios hasta el reinado de Filipo II, tal y como podemos comprobar por su única aparición en el relato de Heródoto con motivo de la actuación de Alejandro I en la guerra contra los persas⁴⁸. Existe además una clara separación entre, por una parte, el conocimiento y la actuación efectiva de los griegos en relación con el imperio persa, y, por otra, la visión distorsionada y parcial de tales actuaciones que aparece reflejada en la literatura y en los discursos políticos, compuesta básicamente de una serie de tópicos y estereotipos derivados de los prejuicios culturales e ideológicos

⁴⁷ ARR., *An.* 2, 14, 2.

⁴⁸ De hecho, BADIAN 1994, inicia su capítulo con esta afirmación: "There is not much Macedonian history in Herodotus".

que determinaban la percepción del imperio persa en aquellos momentos, enmascarando de esta forma una realidad mucho más diversa y compleja⁴⁹.

Tampoco es necesario suponer que toda la información acerca del imperio persa presente en la corte macedonia derivaba exclusivamente de la literatura griega existente al respecto. En la *Periegesis* de Hecateo de Mileto se concedía un amplio espacio a la descripción del imperio, a partir de las informaciones procedentes de fuentes persas, pero su lamentable estado de preservación hasta nosotros nos impide extraer conclusiones definitivas acerca del nivel o la profundidad de tales descripciones⁵⁰. Heródoto presenta a Hecateo intentando persuadir a los jonios contra la rebelión exponiendo el enorme potencial (*dúnamis*) del imperio y el largo catálogo de pueblos que tenía bajo su control⁵¹. La historia de Heródoto ofrecía también un extenso, y hasta cierto punto detallado, panorama del imperio persa con la descripción de la vía real que conducía desde Sardes hasta Susa en sus diferentes etapas, el listado de sus diferentes satrapías con su correspondiente capacidad impositiva y militar, la demarcación de sus confines, el relato de la conducta expansionista de sus monarcas, o la descripción de su manera de combatir y el tipo de armamento utilizado por sus tropas⁵². Se ha sugerido que la obra de Heródoto pudo actuar como un referente ineludible dentro del horizonte macedonio, y en particular de Filipo II y Alejandro después, sobre todo por su relato de los intentos de expansión de sus sucesivos monarcas y el valor paradigmático que adquirirían sus respectivas actuaciones, erigidas como modelos que había que superar o contrarrestar⁵³. Sin embargo, la historia de Heródoto no pudo servir de manual de campaña a los monarcas macedonios para llevar a cabo las operaciones concretas de la invasión de su territorio, que exigían un conocimiento mucho más detallado e inmediato de la topografía, que en Heródoto emerge tan solo de manera ocasional. Heródoto no ofrece un panorama articulado de la geografía del imperio persa a modo de catálogo, como quizá llevó a cabo Hecateo, ni sus descripciones son el resultado de la experiencia de sus propios viajes. Sus catálogos de las etapas de la vía real, de los distritos impositivos bajo el gobierno de Darío I, o

⁴⁹ MADREITER 2012, pp. 180-184; MÜLLER 2015, p.463.

⁵⁰ Al respecto, KAPLAN 1999, pp. 214-221.

⁵¹ HDT., V 36, 2. De hecho, los escasos fragmentos conservados contienen nombres que nos resultan por otra parte completamente desconocidos, PEARSON 1939, pp. 77-81.

⁵² Sobre la visión del imperio persa en Heródoto existe una abundante bibliografía, CALDER 1925; ARMAYOR 1978; KAPLAN 1999, pp. 222-250; BICHLER 2001, pp. 263 y ss.; TUPLIN 2007 a y en general los trabajos reunidos por ROLLINGER –TRUSCHNEGG – BICHLER 2011.

⁵³ Sobre la utilización y conocimiento de Heródoto por Alejandro, BOWERSOCK 1989, pp. 410 y ss. Sobre Heródoto como modelo referencial, TAIETTI 2016 y MOLINA MARÍN 2022.

de las tropas de Jerjes que invadieron el suelo griego permitieron visualizar a su auditorio griego las enormes dimensiones del imperio y la increíble extensión de sus dominios, pero, aunque proporcionan indudablemente informaciones de carácter topográfico y etnográfico, no sirven en modo alguno para atender las demandas inmediatas y precisas de una invasión en toda regla del territorio asiático, que se realizaba además en la dirección opuesta a la presentación de las ansias expansionistas persas descritas a lo largo de su historia⁵⁴.

Tampoco pudieron cumplir este cometido las obras de Jenofonte, ni el relato contenido en la *Anábasis* ni la descripción global del imperio que figura dentro de la *Ciropedia*⁵⁵. Se ha planteado repetidamente la posibilidad de que Alejandro pudiera haber leído estas dos obras de Jenofonte, que eran las que más afectaban al imperio persa, y que se hubiera visto especialmente influenciado por ellas⁵⁶. De las dos, la *Anábasis* sería la que podría haberle proporcionado mayores informaciones geográficas acerca de una parte del territorio que se disponía a recorrer⁵⁷. Eunapio afirmaba incluso que Alejandro no habría sido tal de no haber existido Jenofonte⁵⁸, enfatizando de este modo, al igual que algunos estudiosos modernos, la posible deuda del monarca macedonio con respecto al historiador griego, dado que ningún macedonio había tenido antes una experiencia similar de las tierras de Asia, registrando incluso algunas estrategias diversas como el cruce del río Éufrates, que luego Alejandro pudo utilizar en situaciones parecidas⁵⁹. Sin embargo, las informaciones de Jenofonte adolecen en numerosas ocasiones de una gran indefinición y de una cierta vaguedad en la descripción del paisaje o de los elementos arquitectónicos existentes, tales como palacios, fortificaciones e incluso los célebres *parádeiso*⁶⁰. Sus objetivos no pasaban precisamente por prestar especial atención a los detalles del espacio geográfico atravesado por la expedición, hasta el punto de que a menudo representaba los diferentes lugares y las gentes que habitaban en ellos de una manera más idealizada que propiamente realista, con la idea de extraer del relato las conclusiones morales o instructivas pertinentes acerca del liderazgo⁶¹.

⁵⁴ BICHLER 2007, sobre la dimensión geopolítica de los catálogos; en general, BICHLER 2018, pp. 149-150.

⁵⁵ DAN 2014 (sobre el *Anábasis*) y BICHLER 2020 (sobre la *Ciropedia*).

⁵⁶ DUE 1997; MCGROARTY 2006; BURLIGA 2014.

⁵⁷ Sobre la geografía del *Anábasis*, BRULÉ 1995; DEBORD 1995 y BASLEZ 1995. También al respecto TUPLIN 1999.

⁵⁸ EUN., VS I, 453.

⁵⁹ LANE FOX 1973, p. 83.

⁶⁰ TUPLIN 2007 b.

⁶¹ BRENNAN 2021.

Tanto Filipo como Alejandro conocieron seguramente la experiencia de los Diez Mil, pero ello no implicaba en modo alguno que tuvieran la necesidad de leer con detalle el relato escrito por Jenofonte, ya que aparentemente no ofrecía las informaciones precisas y detalladas que requería una expedición militar de envergadura. Alejandro pasó ciertamente por los mismos lugares en su camino desde Anatolia hasta Siria, a través de ciudades como Sardes, Celenas, Tarso, Isos o Miriandro, pero ello no significa en modo alguno que siguiera escrupulosamente los pasos del ejército reclutado por Ciro el Joven. Las rutas que discurrían por la península anatolia conducían hacia los mismos referentes nodales, ya lo suficientemente bien definidos dentro del sistema viario aqueménida que atravesaba estas regiones⁶². De nada servía la experiencia anterior para efectuar la travesía de algunos ríos o de avanzar por pasos estrechos en medio de montañas dado que el relato correspondiente de Jenofonte no ofrecía fórmulas mágicas para salir airosos del paso. De hecho, las dificultades que Ciro tuvo que afrontar en un punto clave de la ruta, en las llamadas Puertas Cilicias, no parece que afectaran especialmente las decisiones adoptadas por Alejandro en el momento de encarar su travesía. Alejandro tampoco siguió la misma ruta en su avance hasta Mesopotamia, que se inició además desde diferentes puntos de partida en la costa sirio-palestina, ni siguió luego el descenso por el valle del Éufrates. Por tanto, a tenor de la evidencia disponible, la información de carácter logístico que el relato de Jenofonte podía aportar no parece que tuviera demasiada incidencia en la práctica seguida después por Alejandro. Seguramente, el monarca macedonio se sintió mucho más amparado con las informaciones recientes obtenidas de testimonios de primera mano, como algunos guías locales o por la labor de su propio 'servicio de inteligencia', que con las noticias procedentes de un relato literario escrito muchos años antes y en condiciones muy diferentes que no parece que influyera de forma directa a la hora de adoptar sus propias opciones estratégicas⁶³.

Mucho menos prácticos resultaban todavía una serie de tratados denominados *Persiká* que insistían de manera particular sobre la historia anterior del imperio persa, sobre la lujosa forma de vida en la corte, sobre sus costumbres y sus extraordinarias riquezas. La tendencia de este tipo de obras a centrar su atención sobre los aspectos más fabulosos y sensacionalistas no facilitaba su utilización como fuente de las noticias precisas y detalladas que se necesitaban

⁶² DEBORD 1995; BRENNAN 2021.

⁶³ MCGROARTY 2006, pp. 112-113, que, más adelante, p. 119-120, sugiere además la mayor pertinencia del *Agesilao* en este terreno, dada la existencia de paralelos mejor definidos. Sobre los servicios de información de Alejandro, ENGELS 1980.

para la planificación y desarrollo de una campaña de estas características⁶⁴. El tratado más famoso en este terreno fue quizá el de Ctesias de Cnido, que compuso también un tratado sobre los tributos de Asia, del que tan solo nos restan dos fragmentos. Ctesias conocía por experiencia propia la realidad del imperio, gracias a su larga estancia como médico en la corte persa, pero su obra tampoco puede ser leída como un mero repertorio de informaciones sobre el imperio, dado que mezcla de manera constante historia y narración, y contiene elementos de ficción propios de la novela sin que en ningún momento lleve a cabo un intento serio de distinguir lo real de lo puramente imaginario⁶⁵. Dominique Lenfant define los *Persika* de Ctesias como una mezcla intrigante de tradiciones persas indígenas, ficción griega, curiosidad personal y una buena observación histórica de la realidad⁶⁶. Era, por tanto, una obra de sorprendentes contrastes, capaz de contener una información factual mucho mayor de lo que permiten imaginar sus fragmentos, transmitidos por epitomistas o autores tardíos que utilizaron la obra para sus propios fines literarios⁶⁷. De cualquier modo, no se trataba de una obra apropiada para servir de forma sistemática y aséptica como fuente de información de primera mano capaz de proporcionar las respuestas necesarias a la hora de plantear un proyecto de conquista del imperio persa en aquellos momentos. En definitiva, el papel que pudieron jugar los relatos literarios dentro de la configuración del mapa mental necesario previo a la conquista dentro del reducido círculo de la corte macedonia no parece que resultara determinante para la puesta en marcha de las diferentes operaciones que deberían llevarse a cabo dentro del territorio enemigo una vez comenzada la campaña.

Las fuentes de naturaleza extraliteraria debieron ocupar un papel determinante en la configuración de la imagen del imperio persa que el estado mayor macedonio tuvo a su alcance en aquellos momentos. La cancillería macedonia tuvo a su disposición canales de información mucho más directos, sólidos y fiables que los relatos contenidos en las fuentes griegas. Sus portavoces directos eran además personajes autorizados y relevantes, relacionados estrechamente con la propia administración persa, como los exiliados antes mencionados y probablemente muchos otros que no conocemos, los miembros de las embajadas mutuas que circulaban en una u otra dirección, y los contactos con interme-

⁶⁴ Sobre esta clase de literatura, LENFANT 2007; LLEWELLYN-JONES – ROBSON 2010, pp. 45-55.

⁶⁵ LLEWELLYN-JONES – ROBSON 2010.

⁶⁶ LENFANT 2004, p. CXXIII.

⁶⁷ STRONK 2007, pp. 29-37. Se ha sugerido incluso que en su obra sobre los tributos habría podido proporcionar información de carácter 'estudioso' acerca de la naturaleza del imperio persa, LENFANT 2007, p. 205.

diarios apropiados como los gobernantes locales de algunas zonas fronterizas de Asia Menor como Hermias o Pixodaro, que se hallaban dentro de los límites del imperio y conocían probablemente muy bien sus modos de funcionamiento. El caudal de conocimientos acerca del imperio adquirido a través de estas vías resultaba mucho más detallado y preciso que muchas noticias descontextualizadas y a veces también malinterpretadas procedentes de los medios literarios griegos. El tipo de cuestiones que Plutarco atribuye a un joven Alejandro iba realmente en esta dirección más pragmática. Se nos escapan, sin embargo, de forma inevitable muchos de los mecanismos efectivos utilizados para la adquisición de tales informaciones, su capacidad para archivarlas, o la forma en la que fueron utilizadas en el momento de la planificación de la conquista. Lo que parece claro es que Alejandro siempre supo cuáles eran sus objetivos inmediatos y la forma más adecuada de conseguirlos desde un punto de vista militar, haciendo gala de una aparente seguridad, que venía posiblemente avalada por un conocimiento mucho más amplio de las realidades aqueménidas de lo que habitualmente suponemos, ofuscados a veces por la imagen deslumbrante del imparables condotiero capaz de afrontar solo con su extraordinario arrojo y su incansable temeridad un desafío de esta magnitud⁶⁸.

4. Sin rastro de Aristóteles

Aristóteles ha parecido siempre el candidato idóneo para haber proporcionado mediante sus enseñanzas en la corte macedonia el marco mental necesario de una determinada visión geográfica del orbe, que requería un proyecto de conquista de estas dimensiones. Era necesario conocer su geografía, las regiones principales que componían su estructura, los obstáculos naturales en forma de ríos, montes y desiertos que podían interponerse en su camino y representar un desafío a la expedición, y los límites externos aproximados que configuraban su fisonomía general. Un mapa mental en definitiva que habría permitido visualizar el espacio a conquistar en el curso de la campaña. Aunque Aristóteles ejerció su magisterio con Alejandro y sus Compañeros, no conviene olvidar que fue el propio Filipo quien lo eligió como tutor de su hijo, pudiendo, por tanto, haber proporcionado también al monarca y al estado mayor macedonio esta clase de informaciones sobre la configuración aproximada de las dimensiones y estructura del imperio y su posición concreta dentro del esquema general del mundo habitado. A fin de cuentas, la relación de Aristóteles con Filipo venía

⁶⁸ Véase al respecto más adelante. Sobre el conocimiento de Alejandro, BARON 2020.

de lejos con la presencia de su padre como médico de corte con Amintas III, padre de Filipo, y que, aunque el filósofo ya no vivía en la corte macedonia cuando fue reclutado por el monarca como nuevo tutor de su hijo, sino en Lesbos, llegó hasta Macedonia después de pasar por Atarneo, donde estuvo viviendo tres años. El posterior nombramiento de Calístenes, sobrino segundo de Aristóteles, como historiador oficial de la campaña de Alejandro fue seguramente también resultado de esta misma trama de relaciones personales y familiares⁶⁹.

La relación entre Alejandro y Aristóteles suscitó ya desde la propia Antigüedad un enorme interés por la posible vinculación durante un cierto tiempo, aunque fuera más bien breve, del más grande de los conquistadores con el más célebre de los filósofos griegos, dando lugar a una abundante literatura, generalmente de carácter meramente especulativo y ficticio, que tuvo su apogeo especialmente durante la Edad Media, aunque la historia ha seducido igualmente a un gran número de estudiosos modernos, que, con mayor o menor énfasis, siguen señalando a Aristóteles como depositario principal de estas enseñanzas⁷⁰. Sin embargo, la cruda realidad es que apenas sabemos casi nada acerca de esta prometedora relación, ya que, entre las diferentes fuentes disponibles, tan solo Plutarco se detiene a comentarla de forma breve, mientras que tanto Arriano como Justino se limitan a mencionar escuetamente que el filósofo fue el preceptor de Alejandro sin proporcionar mayores aclaraciones.

Plutarco afirma que Filipo desconfiaba de los maestros encargados de la instrucción literaria y científica de su hijo e hizo venir al más ilustre y sabio de los filósofos, concediéndole unos honorarios magníficos dignos de su persona. La noticia forma parte de la tradición de biografías ficticias que gozaron de gran popularidad entre el auditorio griego y romano, ya que, entre otras cosas, Aristóteles no era todavía en esos momentos una persona famosa (contaba entonces con tan solo cuarenta años) y el resto de los detalles parecen claramente objeto de la invención de Plutarco o de las fuentes que utilizó para este desconocido período de la vida del joven monarca, probablemente Onesícrito. Otros autores como Quintiliano, Dión Crisóstomo y todas las biografías neoplatónicas que hacen referencia a esta relación ofrecen una información que es en buena medida producto de la fantasía, sin ningún anclaje en la evidencia más sólida

⁶⁹ SQUILLACE 2022, p. 110, recuerda que Aristóteles y Calístenes escribieron una lista de vencedores en los juegos Píticos que probablemente tomaba como punto de partida el éxito reciente de Filipo en la tercera guerra sagrada contra los focidios y el papel como vengador de Apolo que se autoatribuía el monarca macedonio.

⁷⁰ Sobre la relación de ambos, EHRENBURG 1938, pp. 62-102; LANE FOX 1973, pp. 53-67; GREEN 1991, pp. 53-62; DEMANDT 2013, pp. 83-90. Sobre el desarrollo del tema en la Edad Media PÉREZ-SIMÓN 2010.

disponible. Ignoramos incluso un elemento tan esencial como el tipo de enseñanzas que impartió Aristóteles durante su estancia en Mieza. Solo mediante el uso, más o menos disciplinado, de la más pura imaginación es posible dotar de contenido a esta tentadora relación entre los dos personajes⁷¹.

Según Plutarco, Filipo asignó a Aristóteles el Ninfeo de Mieza como lugar para desarrollar sus enseñanzas, impartiendo en él disciplinas como ética, política, medicina y todas sus doctrinas de carácter esotérico. Incluso tuvo tiempo para elaborar una edición de la *Iliada* destinada expresamente a su privilegiado discípulo, que luego transportaría consigo a lo largo de la campaña asiática, manteniéndola durante la noche bajo su almohada, aunque, eso sí, siempre al lado de un instrumento con implicaciones mucho menos intelectuales como su espada. El propio Plutarco admite que la relación sufrió posteriormente un deterioro a pesar de que, al principio, Alejandro concedía a Aristóteles una valía no menor que a su padre, ya que, si este le había dado la vida, el filósofo le había enseñado a vivir correctamente (*kalós zón*). Sin embargo, este alejamiento en el terreno personal no comportó en Alejandro la desaparición del amor por la filosofía que le había inculcado Aristóteles, tal y como muestran los honores concedidos a Anaxarco, los cincuenta talentos enviados a Jenócrates, o el vivo interés mostrado hacia los gimnosofistas de la India⁷². El problema es que dos de sus primeros historiadores, Onesícrito y Marsias, no mencionan a Aristóteles como preceptor de Alejandro, a pesar de que el primero mostró un claro interés por la filosofía y la educación de Alejandro y el segundo compartió educación con el entonces joven príncipe. Onesícrito parece dar por sentado que Alejandro se educó en la filosofía cínica, remitiendo su formación en este terreno a figuras como Antístenes y Diógenes de Sínope más que a la tutela de Aristóteles y, de hecho, el supuesto cosmopolitismo que le atribuía parece más propio de esta doctrina que de la perspectiva política mucho más chauvinista y limitada de Aristóteles⁷³. Tampoco los estoicos citan para nada al filósofo como responsable de la educación de Alejandro, a pesar de que le consideraban un modelo de depravación moral⁷⁴. Quintiliano, que toma su información de Diógenes de Babilonia, refiere que el principal maestro de Alejandro fue Leónidas y que, dadas sus escasas cualidades en este terreno, debe ser considerado responsable de los

⁷¹ NATALI 2013, 42-52.

⁷² PLU., *Alex.* 8. DÜRING 1957, tras su análisis de toda la tradición biográfica antigua sobre Aristóteles considera todas estas informaciones escasamente fiables, si bien no niega su condición de tutor del joven monarca macedonio, un aspecto que algunos otros ponen incluso en entredicho, como CHROUST 1966.

⁷³ CHROUST 1966.

⁷⁴ RUFUS FEARS 1974.

defectos de carácter y actitud del joven monarca. De la misma forma, Clemente de Alejandría, influido igualmente por las teorías pedagógicas estoicas, atribuía a Leónidas la responsabilidad de los excesos y la intemperancia de Alejandro. Incluso los biógrafos siríacos y árabes tampoco parecen tener nada que decir acerca de la tutela de Aristóteles, a pesar de la alta estima que, especialmente los árabes, tenían tanto por el monarca macedonio como por el filósofo griego.

Como único testimonio de esta relación afectiva e intelectual contamos tan solo con toda una correspondencia espuria entre el filósofo y el conquistador macedonio que la mayoría de los estudiosos desestima como fuente creíble de información. Plutarco menciona una de estas cartas, citando incluso un pasaje en el que Alejandro, ya en Asia, escribió al filósofo para quejarse de haber difundido sus lecciones acroamáticas ya que de este modo se neutralizaba la superioridad de quienes habían asistido directamente a esas lecciones sobre todos los demás⁷⁵. En otra carta, también de carácter claramente espurio que encontró acomodo dentro de la tradición de la llamada *Novela de Alejandro* (*The Alexander Romance*), Alejandro informaba a Aristóteles sobre las maravillas, particularmente zoológicas, que encontró en la India, en cuyo prefacio se mencionaban con excesivo detalle (*excusatio non petita...*) las relaciones de carácter científico mantenidas entre los dos personajes⁷⁶. Otra carta más, esta vez de Aristóteles dirigida a Alejandro, conservada en su traducción árabe, contiene los consejos del filósofo al monarca sobre la forma más adecuada de dirigir su nuevo imperio tras su sorprendente victoria sobre los persas, pero, desde el punto de vista de su autoría, parece igualmente inaceptable, a pesar de la polémica suscitada al respecto entre algunos estudiosos modernos que han considerado seriamente la tesis de su posible autenticidad⁷⁷.

Algunas obras dedicadas de forma expresa a la persona del monarca macedonio, como la llamada *Retórica a Alejandro* o el *Tratado sobre el cosmos para Alejandro*, que figuran dentro del corpus tradicional de los escritos del filósofo y en otras colecciones, presentan también serios problemas de autenticidad que invitan a descartar por completo la posible autoría de Aristóteles⁷⁸. Este tipo de obras parece más bien el resultado del esfuerzo realizado por los intelectuales

⁷⁵ PLU., *Alex.* 7. La misma carta con la respuesta consiguiente de Aristóteles, que Plutarco cita de manera indirecta, aparece también en GELL., XX 5, 11-12.

⁷⁶ GUNDERSON 1980. Al respecto ROMM 1991.

⁷⁷ Un panorama sobre la cuestión y la bibliografía respectiva acerca del tema puede encontrarse en GÓMEZ ESPELOSÍN 2019.

⁷⁸ Sobre la primera, véase la reciente edición en *Belles Lettres* a cargo de Pierre Chiron (2002) y sobre la segunda la edición y comentario de Giovanni Reale y Abraham Boss (1995) o la reciente obra colectiva THOM 2014.

antiguos para rellenar esta desconcertante laguna sobre las relaciones reales entre el conquistador macedonio y el filósofo griego, tratando de poner de relieve algunas de las materias o disciplinas que el filósofo pudo impartir a su ilustre y excepcional discípulo. Tampoco tenemos apenas noticias acerca de dos tratados que Aristóteles habría dedicado a Alejandro en aquellos momentos. Uno de ellos, denominado *Sobre la realeza (Perí basileías)*, fue compuesto quizá en el momento del acceso de Alejandro al trono y contendría una serie de consejos acerca del ejercicio del poder que aparecen dispersos en el curso de la tradición literaria, como el que menciona Temistio sobre la necesidad de prestar oído a los filósofos y dejarse persuadir por ellos, o el que figura en Plutarco y Estrabón sobre su comportamiento como líder con los griegos y como señor y dueño con los bárbaros, si bien desconocemos por completo su contenido⁷⁹. El otro tratado, titulado *Alejandro o sobre los colonos o las colonias (Aléxandros e hupér apoíkon e apoikión)*, presenta todavía mayores incertidumbres a la hora de determinar su contenido preciso o su datación⁸⁰. Ambas obras debieron despertar escaso interés en el que habría sido su principal destinatario, Alejandro, vista su temprana desaparición y el legado apenas rastreable que han dejado en el resto de la tradición. Además, a juzgar por los resultados posteriores de su conquista, parece que el monarca macedonio ignoró por completo sus posibles contenidos.

Ciertamente, el silencio absoluto de Aristóteles acerca de Alejandro en el conjunto de su obra conservada resulta muy significativo. Los problemas que implicaba la conquista y la gestión de los enormes territorios adquiridos por la expedición de Alejandro no encontraron al parecer cabida en los escritos del filósofo, que se mostró siempre mucho más interesado por los asuntos de la política interna de los estados griegos. De hecho, da la impresión de que Macedonia, en la concepción de Aristóteles, figuraba fuera del ámbito propiamente helénico a juzgar por un pasaje de la *Política* en el que los macedonios aparecen listados entre los pueblos no griegos, si bien, en opinión de Greenwalt, encontramos una clara referencia a la monarquía macedonia en el quinto de los tipos que el filósofo establece dentro de este mismo tratado⁸¹. Tampoco se dejan notar por ningún lado en el conjunto de su obra científica los resultados de los nuevos descubrimientos realizados en el curso de la campaña asiática, en claro contraste con Teofrasto que refleja de forma

⁷⁹ THEM., VIII 107 c-e; PLU., *Mor.* 329 e; STR., I 4, 9. El tratado lo menciona dos veces Diógenes Laercio (IV 14 y V 22) y alude a él Cicerón (*Att.* 12, 40, 2 y 13, 28, 2). Sobre dicha obra, WEIL 1960, pp. 157-159. Según afirma BRUNT 1993, p. 297, su contenido no debía ir más allá de una serie de consejos de carácter prudencial y moral muy generales, similares a los dirigidos por Isócrates a los gobernantes chipriotas.

⁸⁰ WEIL 1960, pp. 154-157.

⁸¹ ARIST., *Pol.* 1324 b. GREENWALT 2010.

evidente en su *Investigación sobre las plantas* los avances realizados en el campo de la botánica⁸². En cambio, en el tratado aristotélico *Investigación sobre los animales* no parecen haber incidido ninguno de los hallazgos realizados en este terreno, dado que incluso sus informaciones acerca del elefante parecen derivar de las noticias proporcionadas en su día por Ctesias.

Existe, sin embargo, una noticia de Plinio el Viejo que informa sobre el patrocinio de Alejandro sobre las investigaciones de Aristóteles, que supondría la continuidad del estrecho contacto entre maestro y discípulo durante el curso de la expedición asiática con el envío de nuevos especímenes para su estudio desde el propio campo de operaciones y la financiación correspondiente de Alejandro para las diferentes investigaciones realizadas por Aristóteles⁸³. Esta información aislada encuentra escaso apoyo en la evidencia subsistente a excepción, curiosamente, de la mencionada carta de Alejandro a Aristóteles sobre las maravillas de la India. James Romm ha mostrado su escasa consistencia histórica, apuntando la manifiesta ignorancia de Aristóteles acerca de los numerosos nuevos especímenes que se fueron descubriendo en el curso de la campaña⁸⁴. Resulta además extraordinariamente curioso que cuando Alejandro creyó haber descubierto las fuentes del Nilo en el curso del Indo comunicara de inmediato la sorprendente noticia en una carta dirigida a su madre y no a Aristóteles, a pesar del evidente interés que la debatida cuestión suscitaba entre los intelectuales griegos y Aristóteles no fue por supuesto ninguna excepción en este terreno⁸⁵. Algo similar sucedió también con los elefantes capturados en Gaugamela, que fueron posiblemente enviados a Babilonia y no hacia Grecia donde se hallaba Aristóteles⁸⁶. Tampoco el descubrimiento de una fuente de petróleo junto al Oxo, al que hace referencia Plutarco, parece que fuera objeto de su comunicación al filósofo, que permanece ausente por completo de todo el pasaje⁸⁷.

Este desolador panorama documental que ilustra la estrecha y duradera relación entre los dos personajes parece indicar más bien el carácter efímero de una situación que fue puramente coyuntural sin que los respectivos temperamentos

⁸² A este respecto pueden consultarse la monografía monumental de BRETZL 1903 y los trabajos de FRASER 1994; THANOS 2005 y STEVENS 2016.

⁸³ PLIN., *Nat.* 8 4.

⁸⁴ ROMM 1989. También BIGWOOD 1993. Resulta además especialmente ilustrativo el contraste entre las obras respectivas de Aristóteles y Teofrasto sobre los efectos de la conquista Macedonia en sus investigaciones naturales, STEVENS 2016. En sentido contrario se expresa KEGERREIS 2016.

⁸⁵ ARR., *An.* 6, 1, 4.

⁸⁶ ARR., *An.* 3, 15, 4. BIGWOOD 1993, p. 548. No se conoce tampoco el destino de los doce elefantes que Alejandro recibió del gobernador de Susa (CURT., V 2, 10).

⁸⁷ PLU., *Alex.* 57, 7.

de sus dos protagonistas acabaran nunca de llegar a congeniar del todo. El tiempo que Alejandro y Aristóteles estuvieron en contacto permanente fue relativamente breve si tenemos en cuenta las constantes tareas de estado que reclamaban la presencia del joven príncipe ante las continuadas ausencias de su padre, que se hallaba en campaña casi permanente lejos de la corte en su objetivo de consolidar los dominios del reino de manera definitiva. Quizá las capacidades puramente intelectuales de Alejandro tampoco fueron especialmente destacadas, ya que de las anécdotas que configuran la formación del príncipe en la biografía de Plutarco solo el célebre episodio de Bucéfalo parece poner de manifiesto el uso de una inteligencia precoz, si bien el éxito de Alejandro al conseguir montar al indomable caballo fue más bien el resultado de su tenacidad y de su enorme capacidad de observación. Plutarco insiste sobre su afición a la lectura, instigada probablemente bajo la tutela de Aristóteles, pero no parece que la febril actividad política y militar del rey, sobre todo una vez que accedió al trono, pero incluso también antes durante su etapa de formación bajo la tutela del filósofo, le permitiera los momentos necesarios de ocio para consagrarse por entero al desarrollo de estas actividades⁸⁸. Tan solo Plutarco y Justino hacen referencia a esta afición a la lectura, sin que figure por ningún lado ni siquiera una simple alusión a este quehacer en las narrativas más extensas de la conquista de Arriano, Curcio y Diodoro. Solo Plutarco menciona la edición de Homero a cargo de Aristóteles que Alejandro portaba consigo, mientras que Estrabón la atribuye a la labor conjunta de Calístenes y Anaxarco, sin mencionar para nada a Aristóteles⁸⁹. La imagen heroica del monarca, construida por Calístenes a lo largo de su narración de la campaña, exigía probablemente la estrecha asociación del protagonista con el canon de valores derivados del texto homérico, de forma que siempre lo llevaba consigo hasta el punto de considerarlo un auténtico viático (*ephöhung*) para la excelencia en la guerra. Aristóteles parecía sin duda el candidato idóneo a la hora de elegir el autor de la edición, pero al parecer, tal y como muestra la noticia de Estrabón, existieron también otras alternativas más factibles.

Plutarco afirma también que su afición a la lectura le venía por naturaleza (*phúsis*), pero, según el mismo biógrafo griego, en el momento de su nacimiento, la naturaleza del futuro príncipe aparecía estrechamente asociada a la del león (*leontóde tén phúsin*), que no parece implicar esta clase de actividades⁹⁰. Su temperamento era muy cálido y de temperatura ígnea (*polúdermos kai puródes*), que en el caso de

⁸⁸ Entre sus ocupaciones en tiempo de ocio no se menciona para nada la lectura, PLU., *Alex.* 23, 2 y 31, 2.

⁸⁹ STR., XIII 1, 27.

⁹⁰ PLU., *Alex.* 2, 5.

Alejandro se tradujo en su desmedida tendencia hacia la bebida y la cólera, según apunta también Plutarco a la hora de caracterizar a su protagonista⁹¹. Sabemos, también por Plutarco, que, con solo dieciséis años, Alejandro tuvo que hacerse cargo del poder como regente y depositario del sello real mientras Filipo emprendía la expedición contra Bizancio en el 340 a.C. Tuvo que someter a los maidos, una poderosa tribu tracia que se había rebelado y, tras conquistar su ciudad, expulsó a sus habitantes y estableció en ella colonos de diversa procedencia, otorgando a la ciudad el nombre de Alejandrópolis⁹². Dos años más tarde tomó parte en la batalla de Queronea, donde, situado al frente de la caballería, tuvo que hacer frente nada más y nada menos que al prestigioso y aclamado batallón sagrado de Tebas, siendo además el primero en abalanzarse sobre ellos para conseguir romper sus líneas⁹³. Esta intensa y continuada actividad política y militar, emprendida ya desde época muy temprana, concentraba probablemente buena parte de las energías del joven príncipe, sin dejarle apenas el tiempo y la calma espiritual necesarios que requería una lectura reposada de las obras de la literatura griega u otros afanes intelectuales de similar envergadura⁹⁴. De hecho, Arriano, declarado admirador de Alejandro, no incluye esta clase de aficiones del monarca en el elogio global que le dedica al final del *Anábasis*, en el que se destacan de manera sucesiva sus diferentes capacidades y virtudes. Solo su insaciable deseo de gloria figura entre los placeres del espíritu y su agudeza de mente parece haberse aplicado en exclusiva a cuestiones tan pragmáticas de índole militar y organizativo, como su capacidad para salir airoso de situaciones difíciles, su habilidad para levantar la moral de las tropas, y su anticipación a las acciones del enemigo⁹⁵. Un curioso silencio si tenemos en cuenta la propia formación filosófica de Arriano, que siguió las lecciones de Epicteto y se hallaba, por tanto, en las debidas condiciones para apreciar adecuadamente esta clase de cualidades en la figura de su protagonista ideal⁹⁶.

⁹¹ PLU., *Alex.* 4, 5-6.

⁹² PLU., *Alex.* 9, 1. Seguramente el nombre de la ciudad fue posterior, dado que no habría sido apropiado cuando actuaba en esos momentos con todo el consentimiento y el apoyo de su padre. HAMILTON 1999, p. 23.

⁹³ PLU., *Alex.* 9, 2. D.S., XVI 86, destaca igualmente el protagonismo de Alejandro a la hora del combate.

⁹⁴ MOLINA MARÍN 2022, p. 162, afirma que de haber llevado a cabo la extensa gama de lecturas que se le atribuyen, Alejandro habría sido merecedor del título de Grande, ya que habría leído muchas más obras que la mayoría de los filólogos clásicos.

⁹⁵ ARR., *An.* 7, 28-30.

⁹⁶ Su ausencia queda bien patente en obras como BURLIGA 2013; LIOTSAKIS 2019; LEON 2021, pp. 57-61, considera su versión como lector, pero se aplica curiosamente a situaciones militares como el paso del estrecho del Helesponto y el ataque a los escitas, mientras que el tercer caso considerado hace referencia a su supuesta exploración del curso del Nilo.

La noticia de Plutarco acerca de la relación de Alejandro con Aristóteles adolece además de una clara falta de perspectiva histórica. En primer lugar, la consideración de Aristóteles como 'el más ilustre y sabio de los filósofos' no se ajustaba a la realidad de esos momentos, sino que responde más bien a una visión a posteriori, cuando ya el filósofo griego había alcanzado el zenit de su gloria y de su fama. Su imagen de la enseñanza ejercida por el filósofo en Mieza tampoco parece derivar de una determinada fuente de información, que desde luego Plutarco no menciona además en momento alguno, a diferencia de lo que suele suceder en otros pasajes de su biografía, sino que parece derivar de su visita al lugar y la recepción optimista de las leyendas asociadas que debían contarse a los viajeros que pasaban por allí, enseñándoles los paseos umbrosos por los que discurrieron en su día Alejandro y Aristóteles, así como los bancos de piedra donde ambos conversaban sentados. Todo el pasaje aparece encabezado además por un verbo de impresión (*éoika*) que revela el carácter puramente especulativo de toda su explicación acerca de las enseñanzas impartidas en ese lugar. Curiosamente, la única referencia que hace Plutarco a una fuente en todo este pasaje es el intercambio de cartas entre el maestro y su discípulo, un medio que se prestaba especialmente a la ficción y, por ello, particularmente poco fiable. Además, la explicación que Plutarco atribuye a Aristóteles frente a la mencionada queja de Alejandro sobre la difusión de sus enseñanzas parece tan ambigua que el propio biógrafo consideró necesario aclararla algo más a continuación⁹⁷. Plutarco hace igualmente referencia al progresivo distanciamiento que había ido produciéndose entre ambos, hasta el punto de convertir el afecto inicial en suspicacia, si bien a renglón seguido parece obligado a insistir en que tal actitud no derivó en el deseo de causarle mal alguno, sino que simplemente demostraba su alejamiento del filósofo⁹⁸. La explicación, aparentemente innecesaria, parece destinada a salir al paso de la aparición de las sospechas y acusaciones posteriores acerca de la participación de Aristóteles en la trama del envenenamiento del monarca. El triste destino sufrido por Calístenes debió significar a todas luces un punto sin retorno en estas relaciones. Los rumores existentes acerca de las desavenencias posteriores entre Alejandro y Aristóteles, en concreto la actitud contraria del filósofo a su proyecto de construir un imperio autocrático de carácter personal, se ven también reflejados en el relato de Plutarco, cuando en medio de una discusión acalorada entre Alejandro y Casandro, se desliza el nombre del filósofo como fuente de los sofismas que facilitaban las respuestas del hijo

⁹⁷ Acerca de la escasa veracidad atribuida a la correspondencia entre Aristóteles y Alejandro y al resto de las cartas atribuidas al monarca macedonio en general, PEARSON 1954. Una consideración algo más favorable en MONTI 2016.

⁹⁸ PLU., *Alex.* 8, 4.

de Antípatro a las acusaciones del rey⁹⁹. La presencia de Aristóteles en la corte real macedonia propició probablemente su inclusión como protagonista destacado en el proceso educativo del joven monarca a pesar de que quienes adquieren mayor protagonismo en este terreno son precisamente sus antecesores en dicha función, Leónidas y Lisímaco¹⁰⁰. El evidente deseo de Plutarco de helenizar por completo la figura del monarca y proceder así a ‘desmacedonizarlo’ lo más posible mediante la presencia de Aristóteles en estos momentos decisivos de su formación pudo tener mucho que ver con la fortuna de una noticia que, más allá del relato plutarqueo, apenas ha encontrado eco en los testimonios contemporáneos¹⁰¹.

Peter Brunt calificó ya en su día como “a romantic fantasy” la supuesta formación filosófica de Alejandro y su profunda admiración por Aristóteles, sugiriendo más bien que la labor del filósofo se habría limitado a supervisar su educación física y literaria sin llegar a tener la oportunidad ni el tiempo necesario para adentrarse en un proceso de formación más extenso a la vista de su temprana edad, trece o catorce años, y de las acuciantes exigencias impuestas por su condición de futuro heredero al trono por encima de otras consideraciones¹⁰². Es muy probable que la notable incompatibilidad de caracteres entre ambos personajes se hiciera ya manifiesta desde el principio de su relación, ante el choque entre las pretensiones educativas de Aristóteles y las aficiones mucho más mundanas de su discípulo, estrechamente condicionado además por los requerimientos de su estatus de heredero al trono. Su problemática relación con Calístenes y el trágico final del historiador, vinculado por parentesco y formación a Aristóteles, revelan las dificultades en la relación del rey con los filósofos, salvo en aquellos casos en los que se plegaban servilmente a sus deseos, como pudo haber sucedido con Anaxarco¹⁰³.

La opinión, seguramente desfavorable, de Aristóteles a la política seguida por Alejandro en su intento de establecer una estrecha relación con las elites iránias, a juzgar por el supuesto consejo dado en su día por el maestro de tratar

⁹⁹ PLU., *Alex.* 74, 4-5.

¹⁰⁰ De hecho, en el curso de la campaña figuran anécdotas referidas a ambos personajes, mientras que no aparece ninguna similar aplicada a Aristóteles, PLU., *Alex.* 25, 6-8 (Leónidas); 24, 11-14 (Lisímaco), donde cita a Cares como su fuente para dicha información.

¹⁰¹ ASIRVATHAM 2018, p. 360. La absoluta preeminencia de la *paideía* de raigambre homérica en la tradición griega tuvo también mucho que ver en este terreno, con la asignación como viático de una edición de la *Iliada* realizada por Aristóteles.

¹⁰² BRUNT 1993, p. 296. Incluso un optimista en esta cuestión como Guthrie, se vio obligado a reconocer estas circunstancias condicionantes, como la escasez de tiempo y las frecuentes interrupciones de las horas dedicadas al estudio, GUTHRIE 1993, pp. 49-51.

¹⁰³ NATALI 2013, p. 45.

de manera diferente a griegos y bárbaros¹⁰⁴, revela el agudo contraste existente entre sus respectivas ideas sobre la forma de construir un estado, lo que hace difícil imaginar que el monarca sintiera en algún momento la necesidad de obtener de su antiguo maestro un consejo en esta dirección. Incluso la célebre carta sobre la política, conservada en su traducción al árabe, se considera en opinión de sus editores como una simple compilación realizada por alguien bastante familiarizado con los tratados del filósofo¹⁰⁵. De hecho, la *Política*, que es el tratado aristotélico que expresa más claramente sus opiniones en este terreno, se mantuvo siempre dentro del marco estricto de la pólis, tal y como ya señaló en su día Willamowitz, y su mención de la unificación de Grecia contra los bárbaros iba más en la línea de una federación o coalición entre los diferentes estados griegos que en la de una hegemonía de Macedonia, dado el absoluto silencio al respecto en todo el tratado. La incidencia de la expedición asiática en peripatéticos posteriores, como es el caso del autor del *Económico* pseudo-aristotélico o de Teofrasto, muestran el total desinterés de Aristóteles acerca de una empresa que había sobrepasado el campo de sus expectativas en todos los terrenos.

Los respectivos caminos de un individuo que centraba sus principales intereses en la reflexión filosófica y en sus investigaciones prácticas acerca de la naturaleza y las aspiraciones hegemónicas de un monarca que superaban por completo el estrecho marco de la pólis se separaron de forma definitiva una vez que Alejandro subió al trono y emprendió su expedición asiática, dejando tras de sí a un Aristóteles que no compartía ninguno de estos ambiciosos proyectos. Solo posteriormente, en tiempos de Andrónico de Rodas y en conexión con su edición y publicación de las obras de Aristóteles, se consideró que la tutela ejercida por el filósofo sobre el joven monarca macedonio podía convertirse en un episodio particularmente destacado que podía derivar además en la exaltación del propio Aristóteles al aparecer vinculado de manera decisiva a la figura del gran conquistador macedonio. Por el contrario, vistas las cosas desde la perspectiva de Alejandro su relación con Aristóteles parece un mero episodio coyuntural que no dejó en su mente y su forma de proceder demasiadas consecuencias.

5. Aristóteles y la geografía

Como dijimos anteriormente, se ha atribuido a Aristóteles la presentación de una concepción geográfica general del mundo ante la cancillería macedonia, a

¹⁰⁴ PLU., *Mor.* 329 b.

¹⁰⁵ Al respecto, NATALI 2013, pp. 123-124; GÓMEZ ESPELOSÍN 2019.

pesar de que ni siquiera Plutarco incluye la geografía entre la lista de sus posibles enseñanzas. Uno de los grandes estudiosos modernos de Alejandro, el austríaco Fritz Schachermeyr, sostuvo la idea de que las enseñanzas de Aristóteles en este campo configuraron la visión del mundo de Alejandro y fomentaron después su permanente curiosidad por la exploración de territorios desconocidos¹⁰⁶. A pesar de su carácter esencialmente especulativo, la sugerencia de Schachermeyr fue bien acogida por Brian Bosworth, quien, dejando a un lado sus exageraciones, reconoció la posibilidad de que la geografía del imperio persa desempeñara un papel relevante en las discusiones sostenidas en Mieza, especialmente en la víspera de la proclamación de la guerra de venganza por parte de Filipo, y que dichas discusiones generasen ciertas expectativas en la mente de Alejandro y de su entorno¹⁰⁷. De este modo, tanto Alejandro como el estado mayor macedonio habrían adquirido su visión global del orbe sobre la que después planificarían su estrategia de conquista, si bien este esquema teórico previo se iría modificando de forma progresiva según avanzaba la expedición e iban aumentando los conocimientos empíricos adquiridos sobre el terreno.

Como reconoció el propio Bosworth, el problema residía en determinar cuál fue precisamente la contribución específica de Aristóteles en este terreno y el impacto que pudo tener sobre toda la tradición histórica del reino de Alejandro. La cuestión resulta un tanto complicada de resolver, ya que la contribución de Aristóteles al campo de la geografía no resulta especialmente destacable, pues su visión del mundo conocido solo aparece expresada de forma explícita en dos pasajes de sus *Meteorologica*, que no revelan el menor indicio de haberse visto condicionados por los descubrimientos que se llevaron a cabo durante la expedición asiática¹⁰⁸. Basándose en la consulta de diferentes *gés periódoi* (un mapa quizá acompañado de una descripción escrita del mundo habitado), Aristóteles describe su visión de la estructura global del orbe ajustándose al principio ordenador de que los ríos más grandes tenían su origen en las cadenas montañosas más importantes. De este modo, en Asia la mayor parte de los ríos y desde luego los más grandes provenían de la cadena montañosa denominada Parnaso, que era la más grande hacia el oriente invernal según la opinión mayoritaria. Una vez que se traspasaba esta cadena se alcanzaba ya el mar exterior, que resultaba enteramente desconocido para su auditorio. Mencionaba a continuación algu-

¹⁰⁶ SCHACHERMEYR 1973, pp. 81-93.

¹⁰⁷ BOSWORTH 1993.

¹⁰⁸ Sobre la geografía de Aristóteles, BUNBURY 1879, pp. 395-403; BOLCHERT 1908; GARDINER-GARDEN 1987, pp. 17-21; STASZAK 1995, pp. 17-121; JACOB 2017, pp. 138-143. Sobre la geografía de los *Meteorologica*, WILSON 2013, pp.164-169. KEGGERREIS 2016 ve, en cambio, claros indicios de la incidencia de la campaña macedonia en la obra.

nos de los ríos procedentes de estas montañas como el Bactro, el Coaspes y el Araxes, que en la parte final de su curso se separaba en un nuevo curso, el Tánaís, para terminar desembocando en la laguna Meótide. En la misma cadena montañosa tenía también su origen el Indo, que era el más grande de todos los ríos. Dentro de Asia, Aristóteles reconocía también la existencia del Cáucaso como la montaña más grande por extensión y altura hacia el oriente estivo, de la que fluían también ríos como el Fasis y muchos otros de un tamaño igualmente excepcional¹⁰⁹.

La imagen de Asia que se deriva de esta descripción parece establecer de este modo dos grandes conjuntos territoriales de los que solo el primero fue escenario de las campañas de Alejandro, dado que ni el auténtico Cáucaso, al que parecer hacer referencia aquí Aristóteles, ni el Fasis, que adquirió ya su renombre a partir de la saga argonáutica figuran en ningún momento dentro de los relatos de la expedición. La confusión de las dos cadenas montañosas en una sola y la aplicación del término Cáucaso como denominación, que fueron características propias de la expedición macedonia, no se ven reflejadas en modo alguno en esta descripción general. Sí sorprende, en cambio, la identificación del Tánaís como curso fluvial derivado de un Araxes que parece hacer referencia al Yaxartes, un rasgo que parece haber caracterizado la percepción general de los expedicionarios durante la campaña. Aunque el término Parnaso recubre con toda probabilidad el topónimo Parapamiso, que fue luego conocido como tal durante la expedición como el nombre local que los habitantes de la zona daban a esa parte de la cordillera, y se mencionan algunos de los ríos que descienden de sus cimas, tres de ellos ya conocidos por Heródoto, el bagaje general presentado por Aristóteles parece poco relevante a la hora de ofrecer un panorama preciso de la geografía centroasiática que pudiera servir de base al conocimiento de la zona en una fase posterior de la campaña macedonia. En este esquema global de Asia tampoco aparecen marcados los diferentes territorios y los pueblos que los habitaban, a diferencia de lo que sucedía con esquemas anteriores como el presentado en su día por el tirano milesio Aristágoras ante espartanos y atenienses en su intento de conseguir su ayuda militar para la rebelión contra el imperio¹¹⁰.

Si la representación del mundo que Alejandro tuvo a la vista en algún momento de su educación bajo la tutela de Aristóteles fue esta, su enorme vaguedad e imprecisión la hacían difícilmente aprovechable para la planificación de sus objetivos de conquista de las tierras de Asia. El esquema hacía tan solo quizá más visible la enorme profundidad del continente asiático, que parecía

¹⁰⁹ ARIST., *Mete.* 350 a – 350 b.

¹¹⁰ HDT., V 49. Acerca del mapa, BRANSCOME 2010.

extenderse mucho más hacia oriente de lo esperado a la luz de las antiguas concepciones jonias del orbe, pero concluía igualmente en un océano exterior que no solo nunca llegaron a alcanzar los expedicionarios, sino que ni siquiera tuvieron noticias de su cercana presencia cuando se hallaban en las más remotas regiones orientales durante la campaña.

Las informaciones de Aristóteles no procedían de sus propias observaciones directas sobre el terreno, sino que, tal y como reconoce el propio autor¹¹¹, se basaban en los *gés períodoi* existentes en esos momentos. El más célebre y autorizado debió ser el de Eudoxo de Cnido, que por lo que sabemos tampoco viajó hasta el interior de Asia y debió obtener sus noticias acerca de estas regiones de fuentes anteriores¹¹². La decisiva importancia de las aportaciones persas a este aumento considerable de la información geográfica ya ha sido destacada, bien a través de las informaciones recibidas de agentes griegos al servicio de los aqueménidas, como el ya mencionado Escílax de Carianda o diferentes mercenarios que pudieron tomar parte en las campañas persas de expansión por la zona, o de repertorios y catálogos oficiales a los que pudieron tener acceso intelectuales como Hecateo, Heródoto o Ctesias¹¹³. La impronta de Persia se deja sentir especialmente en este último, que, tras su larga estancia en la corte persa, se hallaba ampliamente familiarizado con las realidades aqueménidas. Sus extensos conocimientos sobre la geografía y la etnografía de Asia resultan todavía apreciables en los fragmentos de sus *Persika*, donde procede a enumerar una serie de pueblos que luego alcanzarán gran importancia durante la conquista macedonia. Sabemos, por ejemplo, a través de un fragmento conservado por Focio, que Ctesias describía la ruta que iba desde Éfeso hasta Bactria y la India en sus sucesivas etapas¹¹⁴.

Ciertamente, Aristóteles se hallaba también mejor informado acerca del interior de Asia que sobre los demás continentes si comparamos la extensión de sus informaciones, limitando su descripción de Europa a tres grandes cadenas montañosas, el Pirineo, situada hacia el occidente equinoccial, los montes Herminos, y los llamados Rifeos, y a dos grandes ríos, el Istro y el Tarteso procedentes ambos de la primera de ellas, ya que no menciona ningún nombre más de

¹¹¹ ARIST., *Mete.* 350 a, 15-16 (*délon d'estí toúto theoménois tás tés gés períodous*).

¹¹² Acerca de su obra, GISINGER 1921; LASERRE 1966. Sobre su concepción de Asia, GARDINER-GARDEN 1988.

¹¹³ Al respecto, BRIANT 2012; DAN 2013; BICHLER 2016; ROMNEY 2017.

¹¹⁴ F 33 LENFANT 2004. Esta extensión oriental de la ruta real descrita por Heródoto (V 52) ha sido además confirmada por las llamadas tablillas de viaje halladas en Persépolis, BRIANT 1991, p. 69; 2012 y 2017. Sobre Ctesias como posible fuente de Aristóteles, JACOBY 1922, cols. 2072-2073.

los ríos derivados de las otras dos. Llama, en cambio, la atención su descripción de Libia con dos grandes cadenas como los montes etíopes, de los que fluían ríos como el Egón y el Nisi, y las llamadas montañas de plata de las que discurrían el Cremetes, que desembocaba en el mar exterior, y el curso principal del Nilo. Hasta los medios griegos arribaban de manera continuada noticias de mercenarios, comerciantes y diferentes tipos de especialistas que recorrían con cierta frecuencia las rutas aqueménidas, trasladando hasta el auditorio no solo sus propias experiencias personales, sino todo el bagaje de conocimientos sobre territorios más lejanos que nunca llegaron a visitar en persona. Lo obtenían en el curso de sus viajes, bien a través de conversaciones con quienes habían llegado hasta allí y mediante las leyendas difundidas en puntos intermedios de contacto, o a través de las historias asociadas a determinados productos u objetos que, procedentes de aquellas apartadas regiones, habían tenido la oportunidad de contemplar en directo¹¹⁵.

Dentro de este campo se incluyen también las numerosas informaciones proporcionadas por embajadores o generales griegos que hicieron el recorrido hasta Susa o Babilonia, algunos de los cuales dejaron ecos de su recorrido, como Conón cuando llegó por vía marítima hasta Cilicia y luego hasta Tápsaco en el Éufrates para seguir después el curso del río hasta Babilonia¹¹⁶. La naturaleza claramente extraliteraria de tales informaciones y su carácter indefinido y disperso no siempre permitió su trasvase, aunque fuera ocasional y esporádico, hacia los medios literarios, si bien, cuando se dio el caso, fue como resultado de los propios intereses del autor, que podía recurrir a discreción a este bagaje de informaciones con la profundidad y precisión necesaria para su argumentación sin otro tipo de aspiraciones ulteriores. Ese debió ser sin duda el caso de Aristóteles que, sin mayores deseos de presentar una imagen coherente del orbe, ofrecía, sin embargo, esas escuetas noticias como punto de anclaje un tanto difuso de sus propias concepciones naturales¹¹⁷.

Frente a la imagen ya convencional de un orbe rodeado por las aguas del océano, el esquema ofrecido por Aristóteles añadía ahora algunos elementos distintivos del paisaje asiático como la gran cadena montañosa, los grandes

¹¹⁵ La importancia de los comerciantes en la ampliación de los conocimientos sobre oriente se puede apreciar en la *Geografía* de Tolomeo, que fueron ya usados como testimonios relevantes en la obra anterior de Marino de Tiro, a pesar de las reticencias que despertaban.

¹¹⁶ D.S., XIV 81, 4. Hay que destacar también en estos casos el papel de intermediarios útiles como el rey Estratón de Sidón, premiado luego por los atenienses con un decreto honorífico, *TOD* 139; *RHODES – OSBORNE* 2003, pp. 86-91.

¹¹⁷ Sobre el papel de los viajes y los *mappae mundi* en Aristoteles y su escuela, *PRONTERA* 2021.

ríos que fluían desde ella, y la condición del Caspio como mar interior¹¹⁸. Sin embargo, el océano volvía a irrumpir de nuevo por oriente, al final de la gran cadena montañosa, algunos de los ríos ya se conocían a través de autores anteriores como Heródoto, que había también afirmado esta misma condición para el mar Caspio. En definitiva, escasas novedades para condicionar seriamente los preparativos logísticos y estratégicos de una expedición de conquista. Su planteamiento esencialmente pragmático se pone de manifiesto con la creación de un cuerpo de expertos como los *Bematistas*, encargados de medir las etapas de la expedición, la adopción de decisiones a corto y medio plazo en el curso de la marcha que presuponían un conocimiento relativamente detallado del terreno, la constante preocupación por mantener abiertas las líneas de comunicación con su retaguardia y tener bajo control los territorios por los que discurrían¹¹⁹, o la disposición de medidas concretas acerca de la administración de los territorios sometidos. La extrema vaguedad y las numerosas lagunas existentes en este tipo de esquemas demasiado generales simplificaban demasiado la realidad y resultaban, por ello, completamente inoperantes para ser utilizados como guía o servir de instrumento sobre los que trazar el desarrollo de las diferentes operaciones militares. No resulta de este modo particularmente sorprendente que, tal y como ya subrayó en su día Pietro Janni, no se mencione dentro de la literatura antigua conservada ningún tipo de mapas en los relatos de las diferentes campañas militares¹²⁰.

Se ha creído detectar la influencia de Aristóteles en la percepción geográfica de Alejandro durante su actuación en la India y en particular en la forma de contemplar inicialmente el curso del Indo dentro del marco de debate acerca de las fuentes del Nilo que obsesionaba desde hacía tiempo a los intelectuales griegos¹²¹. Sin embargo, las informaciones que poseía el filósofo acerca de aquel remoto territorio eran más bien escasas, dado que la India en general aparece raramente en las obras conservadas de Aristóteles y sus noticias en el terreno zoológico que figuran dentro de su *Investigación sobre los animales* proceden claramente de las páginas de Ctesias. Es posible que tuvieran sus orígenes en las enseñanzas del filósofo los modos de argumentar a partir de una cierta evidencia, como la presencia de fauna nilótica en aguas del Indo o el descubrimiento de la denominada judía egipcia en las orillas del río indio, para proceder a conectar entre sí los dos cursos de agua, pero tales inducciones pudieron verse

¹¹⁸ GEHRKE 2016, p. 87.

¹¹⁹ Al respecto, WALLACE 2016.

¹²⁰ JANNI 1984, pp. 15 y ss.

¹²¹ BOSWORTH 1993, p. 413 y ss.

también favorecidas por la antigua creencia que imaginaba el mar Eritreo como un mar cerrado, derivada de la vieja relación entre la India y Etiopía ya presente en la tradición griega anterior, que permitiría interconectar ambos ríos a través de un istmo terrestre¹²².

De hecho, esa es la imagen del mar Eritreo que aparece en la obra *Liber Aristotelis de inundatione Nili*, que ha sobrevivido en una traducción latina del siglo XIII, y que algunos atribuyen a la autoría directa del filósofo griego, en la que se recogen, contempladas desde una perspectiva crítica, las diferentes propuestas de explicación de las crecidas del río egipcio desde los tiempos de Tales¹²³. De este modo, el Nilo discurriendo hacia el sur llegaría en un momento dado a unirse con el curso del Indo, si bien se dejaba abierta todavía la cuestión por falta de testimonios. En uno de sus pasajes (el 6) se alude a las tentativas del monarca persa Artajerjes Oco en esta dirección, que repiten el tipo de argumentos utilizados después por Alejandro, como la existencia de cocodrilos en el río, pero, al igual que sucedería con el monarca macedonio, la comprobación ulterior de su desembocadura final en el mar Eritreo acabó saldando la cuestión de forma definitiva¹²⁴. Existe la posibilidad de que Alejandro estuviera al corriente de tales exploraciones persas a través de Aristóteles, siempre que admitamos la autoría del filósofo, o mediante su conocimiento extraliterario de la corte persa adquirido por los canales de comunicación ya comentados que conectaban estrechamente los dos ámbitos, el macedonio y el persa, pero es más probable que tales conjeturas fueran el resultado de sus primeras impresiones tras el encuentro con el Indo al contemplar cocodrilos en sus aguas y la presencia de la judía egipcia en sus orillas, siendo luego su propia experiencia y el avance de sus conocimientos sobre la zona la que le hizo variar radicalmente de opinión.

Bosworth ya propuso en su día que las doctrinas y los modos de razonamiento de Aristóteles pudieron tener su efecto en algunos miembros de su entorno como Nearco, que había sido también partícipe de sus enseñanzas en Mieza. Los ecos de la discusión del navegante cretense sobre la llanura aluvial del Indo, que aparece resumida en los textos de Estrabón y de Arriano, revelarían la influencia incuestionable de tales planteamientos¹²⁵. Nearco habría apli-

¹²² SCHNEIDER 2004.

¹²³ El texto está editado y traducido por BONNEAU 1971, aunque también se encuentra en JACOBY, *FGrHist* 646 F 1, que se muestra escéptico acerca de la autoría original del tratado a diferencia de una buena parte de los estudiosos modernos y lo situaba hacia el 125-100 a. C. Al respecto BURSTEIN 1976.

¹²⁴ SCHACHERMEYR 1973, p. 446 n. 540, aceptaba como un hecho la creencia del monarca persa en la posibilidad de dicha conjunción de los dos cursos de agua.

¹²⁵ BOSWORTH 1993, pp. 419 y ss.

cado de este modo la argumentación de Aristóteles sobre los orígenes de la llanura egipcia a un problema comparable, adaptando al caso del Indo la evidencia aducida previamente al respecto. En opinión de Bosworth, Nearco habría conservado de este modo viva la llama de las doctrinas del filósofo y podría haber recordado a Alejandro aquellas lejanas lecciones que quizá el propio monarca había ya dejado en el más completo de los olvidos. En esta fase de la expedición no quedaba ya mucho en pie de las posibles enseñanzas aristotélicas sobre estos territorios. La presencia del océano exterior que Aristóteles imaginaba inmediatamente después de superar la cadena montañosa del Hindu Kush se había diluido por completo mucho antes de penetrar en territorio indio, no solo cuando al cruzar esta cadena no se pudo apreciar la cercanía del océano sino también durante su larga estancia posterior en Bactria y Sogdiana, donde no consiguió obtener tampoco la más mínima noticia acerca de la veracidad de tal información. Una vez ya en la India, Alejandro tuvo, además, relativamente muy pronto, noticias sobre la prolongación *sine die* hacia oriente de las tierras situadas más allá del Hífnis, de la desembocadura del Indo hacia el sur, donde podía encontrarse por fin el océano, y de la existencia de otras tierras apartadas más allá de la imponente cordillera del Himalaya o de algunas islas situadas en el mar como Taprobane. Ya anteriormente, las embajadas escitas o la propuesta de conquista del corasmio Farasmanes pusieron de manifiesto que los espacios habitados se extendían mucho más allá de los límites preestablecidos. El esquema del mundo trazado por Aristóteles, si tuvo alguna vez vigencia en el curso de la expedición, en estos momentos de la conquista había ya quedado desautorizado de manera definitiva.

6. El peso de la experiencia

Según Polibio, uno de los condicionantes de la decisión de Filipo II de invadir el imperio persa habrían sido las incursiones realizadas primero por iniciativa de Ciro el Joven y el amplio séquito de mercenarios entre los que marchaba Jenofonte, y después, aunque de manera más modesta, por el espartano Agesilao¹²⁶. Ambos intentos apenas encontraron resistencia en su avance hacia el interior y solamente circunstancias ajenas a los expedicionarios, como la muerte del propio Ciro en el primer caso y el forzado regreso de Agesilao a Grecia, reclamado por los disturbios que se estaban produciendo, resultaron determinantes en su corta duración y en la ausencia de resultados palpables. Filipo pudo extraer im-

¹²⁶ PLB., III 6, 10-14. Sobre el asunto, BLOEDOW 2003.

portantes lecciones prácticas de ambas experiencias, como la relativa facilidad con la que las tropas griegas se impusieron sobre los efectivos persas a los que tuvieron que enfrentarse en el curso de sus campañas, la supuesta cobardía e indolencia de los persas, o las grandes y espléndidas recompensas que podrían obtenerse como resultado del conflicto.

Sin embargo, también podía extraerse otra lectura diferente de tales experiencias. Los mercenarios griegos que marchaban al servicio de Ciro el Joven se vieron finalmente atrapados en la inmensidad del imperio y obligados a marchar a través de tierras hostiles hasta que consiguieron alcanzar el mar Negro. Agesilao tampoco obtuvo particulares ventajas de su experiencia asiática a pesar de sus evidentes capacidades como general y estratega. Se encontró ya con dificultades en la región montañosa de Misia y fue incapaz de capturar al asalto tres ciudades fortificadas de la zona, por lo que a pesar de hallarse en las proximidades de Dascilio, la capital de la satrapía renunció a cualquier tentativa de capturar la ciudad¹²⁷. Parece que Agesilao era consciente de sus propias limitaciones, como la ausencia de una adecuada fuerza de caballería con la que combatir en campo abierto y de un buen aparato de asedio para capturar las ciudades, y seguramente las ambiciosas aspiraciones de conquistar Asia que le atribuye Jenofonte solo pueden ser consideradas como “a bad joke”, como señaló Paul Cartledge¹²⁸.

Filipo y luego Alejandro pudieron sacar sus propias conclusiones de estos decepcionantes resultados, teniendo en cuenta las consideraciones prácticas que se desprendían de las campañas de sus antecesores. Pero tales experiencias, siempre parciales, apenas pudieron serles de utilidad en el momento de emprender una expedición mucho más ambiciosa como la que ahora se hallaba en juego. Un elemento tan fundamental como la obtención de informaciones precisas sobre la topografía de la zona solía brillar por su ausencia en los relatos existentes sobre tales campañas. Por ejemplo, Jenofonte no ofrecía ningún detalle sobre la ruta seguida por Agesilao hasta alcanzar la llanura de Sardes, limitándose simplemente a sugerir que se trataba de la ruta más corta, obligando a los estudiosos modernos a reconstruirla a partir de los datos proporcionados por otros testimonios paralelos como Diodoro o el historiador de Oxirrinco, que ofrecían además itinerarios divergentes¹²⁹. La visión global del imperio persa que tuvieron *in mente* Filippo y Alejandro pudo estar solo en parte condicionada por esquemas cartográficos generales como el utilizado por Aris-

¹²⁷ DUGAS 1910; CARTLEDGE 1987, pp. 208-218.

¹²⁸ X., *Ages.* 1, 36; CARTLEDGE 1987, p. 217.

¹²⁹ BRUCE 1967, pp. 80 y ss.

tágoras, el que presentaban las historias de Heródoto o Ctesias, o el de los *gés períodoi* existentes, como el de Eudoxo o aquellos a los que hace referencia Aristóteles, ya que todos ellos carecían, lógicamente, de las precisiones y detalles que pueden encontrarse en los mapas modernos. El bagaje de conocimientos acumulados tras una larga experiencia de contactos mutuos entre los dos reinos, imposible de valorar en sus dimensiones ni en sus perfiles aproximados, las informaciones generadas por los 'agentes' especializados en recabar este tipo de noticias, y, ya en el caso de Alejandro, la experiencia cotidiana sobre el terreno de la campaña y sus continuas interacciones con el enemigo o las poblaciones locales, o la adquisición y gestión de los archivos reales en centros de poder como Babilonia o Susa o los resultados de su 'inmersión' dentro de los esquemas orientales a partir de un momento determinado de la campaña que se sitúa en torno a la muerte de Darío constituyeron las verdaderas piezas de todo el entramado geográfico que permitió primero plantear la expedición y posibilitó después el éxito de la conquista.